Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX | San José, Costa Rica **1930** Sábado 10 de Mayo | Núm. 18

Año XI. No. 490

SUMARIO

El vigésimo centenario de Virgilio Marón

(*Envío del autor*)

Conmemoran hoy las naciones que amamantó la loba latina y, en especial, Italia y Francia, el nacimiento de Virgilio Marón, el más humano y el más religioso de los grandes poetas de la antigüedad greco-romana.

Según las cuentas que hacen los eruditos, el cantor de Eneas vino al mundo en un día primaveral del mes de marzo, en Andes, burgo de Mantua, hace dos mil años.

En la hora en que aparece Virgilio la sociedad romana hallábase en ese estado indeciso de las naciones en que no puede claramente preverse si ha comenzado su decadencia, o si sólo es una etapa de su evolución, precursora de un florecimiento.

Las guerras civiles habían quebrantado las severas virtudes de patricios y plebeyos. La república, que sólo puede ser conservada incólume dentro de estrictas leyes, había perecido. Sobre las disensiones y las ruinas surgía, humanizado por el infortunio y quizá por la misma corrupción de las costumbres, un espíritu nuevo. Los oráculos habían predicho que se aproximaba la edad de oro. Anunciábanla los pitagóricos y los magos, quienes interpretaban, en medio de los desastres, los signos del cielo. Roma cosmopolitizada, invadida por toda suerte de peregrinos, de pueblos y de razas diferentes, era el hervidero de los vicios, de las pasiones y de las teorías filosóficas y religiosas de occidente y de oriente. La civilización romana crujía en sus cimientos, con crujir muy semejante al que siente en estos momentos la civilización cristiana después de la más enorme y más criminal de las guerras.

Cuando parecía romperse el orden moral que era la fuerza vital de Roma, surge el poeta. Los genuinos poetas, los grandes poetas de una raza sólo se presentan en el estrado del mundo si tienen una nueva esperanza, una nueva verdad vital que comunicar a su pueblo, o a la humanidad entera. Lo triste, lo verdaderamente inquietante para el espíritu en este *impase* de la civilización occidental, es que no existe posibilidad de que aparezca el poeta que señale los nuevos rumbos de la esperanza, que encamine, hacia la ciudad ideal, a la muchedumbre de las naciones. Un arte desequilibrado, una música que celebra con muecas grotescas la agonía del ritmo latino; la locura del movimiento trepidante y una avidez de poderío desmesurado, son los signos actuales del mundo.

Sobre este mundo delicuescente y angustiado no ha surgido un Virgilio. Sobre la Roma que amenazaba disolverse, surge el cantor de Eneas y de la vida de los campos.

La gloria del mantuano ha crecido con los siglos; y por lo mismo que la Roma de la paz de Brindes se asemejaba a la Europa de la paz de Versalles, el acento de Virgilio nos es familiar a quienes nos ha tocado vivir en la declinación de las veinte centurias que han transcurrido desde el día feliz en que el cisne de Andes abrió los ojos a la luz del mismo sol que ahora ilumina las campiñas italianas.

Es Virgilio entre los poetas milenarios el que se nos antoja más cerca de nosotros. Homero es rudo como los dioses primitivos. La sensibilidad virgiliana tiene mucho de moderna. La actitud del poeta en presencia de la naturaleza, tan diferente de la de Lucrecio, nos aproxima a su alma; su humanismo delicado, perdura en nosotros; la gracia y armonía de sus versos nos conmueven con la resonancia de flautas que oímos en otros siglos...

Uno de los centuriones del hombre que domina a Italia, como en los tiempos cesáreos, ha propuesto que para conmemorar el nacimiento de Virgilio Marón se plante un bosque virgiliano, una floresta de los árboles y arbustos que menciona el poeta en sus obras. Se efectuará, también, un crucero virgiliano. Una galera consagrada al autor de la *Eneida* recorrerá los mares en donde se hallan los puertos mencionados en el poema inmortal. Desde el



Un Decreto que enaltece al Gobierno del Ecuador, uno de los pocos Gobiernos ilustres en esta desdichada América del momento

El Presidente Constitucional de la República:

Considerando:

1º.—Que el 15 de Octubre del año actual se celebra el Bimilenario del nacimiento del gran poeta latino Virgilio:

2º.—Que con este motivo, se preparan en el mundo civilizado—especialmente en las naciones de origen latino—diversas e interesantes manifestaciones conmemorativas, y,

3º.—Que es oportuno que el Departamento de Instrucción Pública y las Instituciones culturales de la República contribuyan a la recordación de una de las más altas glorias de la Raza.

Decreta:

Art. 1º.—Establécese bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública, un Comité para la celebración del Bimilenario de Virgilio.

Art. 2º.—Este Comité—que se denominará Comité Virgiliano del Ecuador, estará formado por el Rector de la Universidad Central, el Rector del Instituto Nacional *Mejía*, los Directores de las Academias Ecuatorianas de la Lengua y de la Historia, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y el Profesor de Latín de la misma, el Presidente de la Sociedad Jurídico-Literaria, los Directores de la Escuela de Bellas Artes y del Conservatorio de Música.

Art. 3º.—Si por cualquier motivo no les fuere posible formar parte del Comité a los Directores de las Academias y al Presidente de la Sociedad Jurídico-Lite-

(*Pasa a la página 288*)

Capitolio, el nuevo Imperator escuchará el himno de Virgilio, compuesto para los homenajes seculares que Roma tributa a su genio.

En Italia y en Francia ven la luz pública en estos días libros dedicados a estudiar alguna de las faces del altísimo poeta.

Un temor nos asalta: ¿En Colombia habrá pasado inadvertido el homenaje que la raza latina rinde al vate que guió los pasos de Dante; del sibilino anunciador, según el numen de Hugo, de que *el alba de Belem iluminaría la frente de Roma?*

Escondida en una de las mesetas que forma la cordillera de los Andes (el mismo nombre que en la antigüedad tenía el pueblo de Virgilio), existe una ciudad, inquieta y pensativa a un mismo tiempo, la cual en días más ingenuos que los presentes poseyó una Academia de árcades. Uno de éstos, latinista insigne, tradujo en verso castellano la *Eneida*, las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, y por modo tan primoroso en el decir y tan castizo en el interpretar que su versión fué aplaudida por eminentes humanistas de España y de América. Unicamente a un hombre de la tesonera voluntad de Miguel Antonio Caro pudo ocurrírsele traducir la *Eneida* en rotundas octavas, sin desmayar en la empresa y seguro de que realizaba una obra ingente, ardua en demasía y de aquellas que se emprenden y llevan a cabo en centros de vastísima cultura. Al señor Caro, tradicionalista en ideas, atraíale Virgilio *como intérprete inspirado del sentimiento religioso*, según sus propias palabras en interesante carta dirigida a Rafael Pombo en 1871, publicada recientemente en *Cromos*.

El criterio severísimo del señor Caro en materias morales y religiosas, condújolo a atenuar en sus traducciones de Virgilio ciertos toques de paganismo, naturales en el poeta mantuano.

Recordamos ahora que, separándose del original, dio giro completamente cristiano la bucólica que empieza en la versión de Fray Luis de León con este verso:

En fuego Corydón de amor ardía...

....

Probablemente en la versión de la *Eneida* procedió de la misma manera el señor Caro. Fuera de que podía acogerse al ejemplo de otros traductores (aunque no al de Fray Luis), la inocencia de la sociedad en que vivía, vedábale ciertas audacias.

Laudable hubiera sido que en la maltrecha Academia Colombiana de la Lengua, que tuvo horas de esplendor

en otros tiempos cuando Dios quería,

se hubieran reunido los latinistas, encabezados por su último maestro, el Dr. Miguel Abadía Méndez, a celebrar la gloria de Virgilio. Pero estas son soñaciones. El profesor Abadía tendrá a estas alturas del siglo más ganas de al que de latines. En cambio, el Presidente de Francia, apesar de las crisis agudas de su Ministerio, concurrió, siempre sonriente, a la fiesta de la Sorbona en conmemoración del vigésimo Centenario de Virgilio, pastor de ovejas, a quien Apolo trocó en pastor de estrellas.

Entre las *Eglogas* de Virgilio hay una, la IV, dedicada a Polión, procónsul romano que intervino en la paz de Brindes el año 40 antes de Cristo. Esa égloga ha sido comentada desde el siglo IV de la Era Cristiana por escoliastos antiguos y exégetas modernos, dando lugar la obra de Virgilio a una interesantísima controversia entre quienes sostienen que el poeta anunció la venida del Mesías y los que únicamente ven en el poema prodigioso una obra de circunstancias, en la cual el cisne de Mantua, obedeciendo a su inspiración sibilina, se expresó en lenguaje pitagórico, de acuerdo con las perspectivas políticas y los hechos que parecían anunciar la paz, el florecimiento del imperio romano.

Ultima Cumaei venit iam carminis aetas...

«Ha llegado la última edad de la profecía de Cumas. Renace en su integridad el orden perfecto de los siglos. Y he aquí que vuelve la Virgen, que viene, de nuevo, el reino de Saturno y que una nueva generación desciende de las alturas del cielo».

Un miembro del Instituto, Monsieur Jerónimo Carcopino, acaba de publicar una obra sapiente, de vasta y límpida erudición virgilista, en la cual se ha propuesto demostrar que el misterio de la Egloga IV no se refiere al nacimiento de Cristo. En opinión de aquel sabio exégeta no se puede admitir que la Virgen de que habla Virgilio sea María, ni que el niño, con el cual *cesará la raza de hierro y reinará sobre el mundo la raza de oro*, sea el infante Jesús.

Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum...

Agota el señor Carcopino su gran dialéctica y su erudición pasmosa para comprobar que Virgilio no predijo la venida de Cristo. Y, sin embargo, su razonamiento no logra convencernos de una manera absoluta. Siempre habrá quienes continúen creyendo después de leída la obra sabia, que en la Egloga IV el cisne mantuano predijo la venida de Cristo.

Si Virgilio cedió a la ideas pitagóricas que anunciaban el advenimiento de una edad dorada, y en la paz de Brindes encontró motivo para afirmar esa creencia, difundida en el mundo romano, ¿qué nos impide admitir que hasta el poeta había llegado la tradición judía, que anunciaba, también, por la voz de sus profetas el nacimiento del Mesías y con Él la paz del mundo?

Max Grillo

París, 1930.

Estampas

¡Cuántas fauces acechan la libertad de un pueblo!

(*Envío del autor*)

El barco que sigue allá distante su ruta salada nos evoca un sugestivo pasaje del *Norderney* de Heine: «Hace poco he podido darme cuenta de lo que es el canto británico de la libertad; vi pasar, en medio de terrible tormenta, a un barco inglés, sobre cuya cubierta se veían algunos hombres que con voces casi provocadoras cubrían el ruido de las olas y del viento, cantando el viejo: *Rule Britannia, rule the waves, Britons never shall be slaves.*

Hemos seguido reflexionando, perdido siempre el pensamiento en la bruma y en el viento que hacen plomizo y tormentoso el mar, en lo perenne que tiene que ser la libertad de un pueblo cuyos hombres la sienten y la invocan con sentimiento conmovedor. El nunca ser esclavos del canto británico es la aspiración mayor por la libertad que puede señorear el alma de un pueblo. Hace crecer hombres vigilantes en ejercicio constante de virilidad. La tempestad marina congrega sobre cubierta a hombres que saben mantenerse en pie. Es precisamente el momento de prueba de la libertad. El vaivén formidable dirá si la esclavitud del miedo sorprenderá a aquellos varones erguidos o de rodillas. Esclavos de nadie ni de nada. Cuando más recio sea el azote contra la libertad más claro ha de ser el canto que la invoque invencible.

¡Cuántos fauces acechan la libertad de un pueblo! Sentimos que esta exclamación tiene un sentido profundo, porque evoca los múltiples sistemas de esclavitud desenvueltos por los esclavizantes criollos y extranjeros. Se nos presentan esos esclavizantes perfectamente delineados y en jerarquía inviolable. No son por cierlo los más peligrosos los que no rehuyen el puesto que la condenación pública les tiene asignado en la escala. Estos son generalmente mediocridades, náufragos del periodismo o de la banca, criollos bilingües que, o probaron ya los halagos de la vida holgazana del exterior, o saborean los que la vida de aquí les da mediante el honorario fácil y crecido. No sienten éstos odio por los que aun luchan por la no esclavización del país. Para ellos es urgente y necesario que los **nacionalistas** existan, porque así el trabajo de pluma no escasea. Tampoco la costurera de partida se enferma del hígado porque el alambre de púa exista y sirva para tender y agujerear la ropa. Los **nacionalistas** de un país, como el alambre de púas, constituyen para cierto sector de esclavizantes y para las costureras de partida, la manera de vivir. Algún día tendrá la contribución que levantar los respectivos monumentos.

Hay, sí, otro sector de esclavizantes, los que ocupan las eminencias mayores de la jerarquía, que sí abaten certeramente la libertad de un país. Son aquellos hombres a quienes la opinión pública ha ido poniendo halos de omnisciencia. Levantando sobre sus testas esos halos resplandecientes, imponen en el ambiente sumiso un acatamiento pe-

(*Pasa a la página 279*)

La epopeya de Gandhi

=De *El Sol*. Madrid=

Ya se ha consumado el acto inicial de la desobediencia revolucionaria en la India. La mayoría del pueblo hindú, adscrita a la propaganda de Mahatma Gandhi, ha comenzado su rebeldía pacífica contra el dominio británico. Poco a poco el pacifismo de la rebelión de los hindúes irá gravitando sobre la vida del país y perdiendo su carácter pacífico. Porque esta desobediencia, como todo acto revolucionario, no puede ser, por su índole misma, pasivo. Negarse a pagar impuestos y contribuciones es un acto esencialmente violento. La violencia de la actitud política de un pueblo no puede medirse por los gritos o los disparos. Por lo menos, en la India. La desobediencia actual del pueblo hindú tiene, bajo su aparente pacifismo, un recio contenido de violencia. El Gobierno británico podrá, tal vez, si quiere enfrentarse a la situación creada en la India, con un poco de astucia, suprimir el monopolio de la sal. Pero no podrá suprimir absolutamente todas las tasas y contribuciones, pues esto equivaldría a cancelar su dominio.



El Gandhi

Ahora, sin embargo, apenas iniciada la revelión, nos interesa más la figura del caudillo. Los acontecimientos irán marcando el proceso del gran hecho histórico. Triunfará o fracasará la insurrección iniciada. Ahora no hace falta entretenerse en la conjetura. Ninguna especulación literaria es tan innocua como la de conjeturar el último resultado de los sucesos políticos. En cambio, la figura del *leader* de la desobediencia civil tiene ya un perfil histórico perfectamente definido y perdurable. Al Mahatma se le puede juzgar ya independientemente de las consecuencias de su acción revolucionaria. Dentro de la India tal vez haya la obligación de preocuparse y ocuparse en analizar la eficacia de sus métodos políticos, aunque, según se percibe en el desarrollo de su campaña, sus métodos coinciden con las aptitudes sentimentales de su pueblo. Pero fuera de la India el estudio de la personalidad del Mahatma no puede hacerse sino con una perspectiva histórica y con una intención de ejemplaridad.

Gandhi constituye hoy el testimonio del más puro idealismo humano. Su lucha en favor de la libertad de la India no tendría fuera de su país tanta fuerza emocional sino estuviera saturada de tan impecable y gloriosa pureza espiritual. Toda su actividad política, desde el primer momento hasta sus últimas palabras de estos días, tienen el fuerte y puro aliento de una obra de redención apostólica. Gandhi ha introducido en la lucha política una de las más suaves virtudes cristianas: la humildad. Ha hecho de la lucha política un ejercicio religioso. Su prédica ejemplar y ejemplarizada en favor de los «sin casta» tiene, dentro de la arquitectura social de la India, tanta emoción y tanto valor espiritual como la prédica cristiana por la igualdad de los hombres. Los periodistas ingleses se burlan de él, porque después de su paso por los pueblos de su ruta mesiánica se reproduce el desprecio a los «sin casta». Pero esto es una grosería espiritual. Nadie puede esperar de su prédica el milagro de destruir con una sola palabra la estructura social milenaria del pueblo hindú. La igualdad cristiana le ha costado al mundo veinte siglos de sangre y aún no ha sido conseguida.

Para la gloria de Gandhi basta con su propia conducta. Este aristócrata, hijo, nieto y bisnieto de primer ministro, educado por primer ministro, es el padre adoptivo de una niña sin casta, a la cual trata y sirve como a una hija propia. Este hombre desnudo, esquelético, en constante ayuno, resignado a todas las pobrezas sociales, es el estudiante multimillonario de Oxford, hace veinticinco o treinta años, cuando, como refiere Romain Rolland, se gastó una fortuna por hacerse un caballero inglés. Entonces era un alma pura encerrada en todos los prejuicios de su casta. Gandhi fué a Inglaterra a estudiar Derecho, a convertirse en un ciudadano inglés, y regresó convertido en el apóstol de la libertad de la India. Al salir de la India, su madre le hizo repetir tres veces el juramento de no tener ningún contacto sexual con las mujeres blancas, y la anécdota más pintoresca de su estancia en Londres es una carrera desesperada a través de Hyde Park para librarse de las insinuaciones de una prostituta. Este choque de su pureza con la perversión occidental encendió en su espíritu la primera llama. Inglaterra no era, como decía la propaganda británica en la India, la sociedad inmaculada. Los periodistas ingleses han pedido la prohibición de las películas norteamericanas en la India, porque le descubren al pueblo hindú los vicios sexuales de las mujeres blancas. Gandhi no necesitó la peliculería norteamericana para descubrir la podredumbre social de Occidente. Le bastó residir en Londres. Y cuando la descubrió, en vez de pervertirse como otros miles de indios, su alma virgen se llenó de asco.

Pero su desengaño más doloroso fué descubrir el desprecio de Inglaterra por la India. Cuando este indio ingenuo, lleno de admiración y de reverencia a Inglaterra, vió en las aulas de Oxford y en los salones de Londres el orgullo de los mercaderes enriquecidos y ennoblecidos por gracia de su dinero, comprendió la profunda desigualdad entre su país, purificado y ennoblecido por una depuración espiritual de siglos, y los poderosos dominadores occidentales. Su espíritu regresó a la India lleno de amargura. Sin embargo, todavía no pudo odiar a Inglaterra. Hoy mismo no la odia, y hace cuanto puede por evitar el odio de la India.

Su rebeldía se encendió cuando vió la inhumana explotación de los trabajadores indios en Africa del Sur. Gandhi fué al Africa del Sur como abogado, vestido de levita, a defender jurídica-

mente el derecho de ser connacionales, y regresó con la túnica hindú a repartir su fortuna y a luchar por la libertad de la India. Los ingleses del Africa del Sur no tuvieron con él ni siquiera el mínimo recato de los de Londres. Lo trataron y ultrajaron con una brutalidad desenfrenada, como trataban a los obreros importados. Hicieron de él un nuevo Budha. Un nuevo príncipe convertido en apóstol. Gandhi, no obstante, ha tratado a Inglaterra con una generosidad sin límites. Inglaterra le despreció, le ultrajó, le encarceló y maltrató, y asesinó a sus partidarios inermes, y, sin embargo, en el trance de la guerra, él ayudó a Inglaterra. Entonces pudo atacarla por la espalda y arrojarla de la India. Pero Gandhi prefirió ayudarla y confiarse bondadosamente en sus promesas de las horas de angustia y jamás cumplidas. La misma campaña de desobediencia pasiva la ha retardado años y años, a pesar de la protesta y el abandono de sus mejores partidarios, en espera de la generosidad inglesa. Sólo cuando ya no puede esperar nada de Inglaterra, cuando la habilidad británica prepara el truco de un nuevo informe y demuestra a todas vistas su voluntad de seguir apretando las ligaduras de India, se ha decidido al fin a emprender la revolucionaria desobediencia a los dominadores de su pueblo.

César Falcón

Las consecuencias

(*Colaboración inédita*)

A propósito de ciertas incidencias de mi actividad periodística en México, afirmaba en artículo anterior (¹) que el estado de alarma, de terror en que se mantiene por allá al pensamiento libre, es causa de la general decadencia de la producción literaria. En realidad, y por desgracia, casi todo el mundo latino padece en estos instantes de idéntico mal. Italia, España, aún Rumanía, y en la América—salvo excepciones honrosas, en casi todos los hogares de la vieja y orgullosa cultura, ya no queda orgullo, apenas la vanidad del siervo, quisquillosa, pequeña, miope. Los ingenios nativos, en todos estos pueblos tiranizados comienzan con grandes impulsos en la juventud, pero en seguida y antes de llegar a la madurez se fatigan, se agotan, claudican o bien, toman el camino del destierro que es, quiérase o no, un camino de descastamiento, de divorcio, de separación. En el destierro, el desterrado gana siempre, si algún valor posee, pero la patria que lo pierde, pierde siempre, sin que nada le repare de la pérdida. Se van los mejores, se callan los más aptos y surge el literatoide convenenciero, prevalece el mediocre, justificador incesante del éxito inmediato. La vida espiritual se acaba, la producción intelectual se extingue y tal como ha ocurrido en México, mientras calla atemorizada la inteligencia, hablan con balbuceo de primitivos los generales de retorno del diario fusilamiento, que aun ellos necesitan justificar con alguna doctrina que se les indigesta y hablan después para elogiarlos, los asalariados del talento, los subintelectuales que simulan que pervierten la inteligencia. Pero como los pueblos no se deciden al fin y al cabo, no se resignan a carecer por completo de ideas, y como los diarios al fin y al cabo para sostener su negocio tienen que servir algún manjar de idea, se recurre entonces al extranjero. Y mientras callan o se extinguen los ingenios nativos, la prensa de los países tiranizados se va llenando de artículos de importación espiritual. Naturalmente, no siempre con los mejeres artículos. Para hacer más patente la situación en que se va quedando el pensamiento en los pueblos tiranizados, me limitaré a explicar el caso que mejor conozco: el caso de México. Hojead alguno de los grandes diarios de mi patria; por ejemplo, el *Excelsior*. Encontraréis un buen servicio de información internacional junto con una información local, previamente expurgada por la censura. La censura la hace el gobierno directamente por medio de algún enviado oculto, pero no permite que el periódico anuncie que está censurado; no lo permite porque quiere conservar el antifaz de la libertad. El censor, a veces, es un simple reportero de policía; en los casos más graves, en los momentos de crisis después de los asesinatos en masa, el censor puede ser hasta ministro de Estado. Así ocurrió después de los asesinatos de los candidatos presidenciales Gómez y Serrano, cuando el Ministro de Educación Puig tomó a su cargo la revisión de las noticias en todos los diarios. Y de él se cuenta un rasgo que le ha valido otro ministerio más lucrativo y la fama del más vivo del régimen. Durante una de las hecatombes políticas, el entonces presidente Calles había vaciado las cárceles para fusilar a los prisioneros; entonces Puig obligó a los diarios a publicar los registros de salida de los presos, asegurando que se hallaban libres y que no era responsable el gobierno de su suerte. Ya se comprende que si las noticias son de esta suerte alteradas, el pensamiento, el comentario no llegan a la mesa del linotipista. Por eso veréis que las páginas de *Excelsior* no contienen artículos doctrinarios de plumas mexicanas, pero sí, en cambio, están llenos con los buenos artículos que proporcionan a bajo precio los sindicatos internacionales. Chesterton y Wells, traducidos de prisa, aparecen semana a semana en los rotativos de la Capital de México, informando a nuestros pobres esclavos de los progresos de un mundo que camina porque es libre, en tanto que la pobre patria de los esclavos, baja día a día; baja en capacidad económica y en acción vital.

Mientras, los escritores mexicanos viven en el destierro y escribiendo para diarios del extranjero; diarios en castellano, se entiende, puesto que no hay un solo periódico yanqui que se dignara tomar artículos de algún hispanoamericano; mientras Salado Alvarez y García Naranjo, los jóvenes y los viejos van siendo expulsados de las columnas de la prensa de su país, nuestros diarios van tomando planas enteras de los sindicatos yanquis; planas enteras de una prosa martillada, simple, ramplona, ilustrada con dibujos bárbaros: las planas que vende el sindicato Hearst y que, por lo menos, ahorran al editor del periódico el trabajo de pensar—porque ya se les da hecho un almodrote que simula el pensamiento. Pero, naturalmente, el yanqui no procede sin intención. Así como importa su mercadería con la mira de expulsar al competidor, de igual suerte propaga, difunde a bajo precio, los deshechos de su producción literaria, para expulsar a la producción nativa. Y así es como vemos que el sindicato norteamericano de noticias y publicaciones no manda a México la producción literaria de un Mencken, de un Harris, sino que nos manda a diario a Brisbane. Este Brisbane ha ganado dos o tres millones de dólares a cambio de decir todos los días en el circuito Hearst que el sol de California es el mejor de todos los soles y que la civilización americana es la cumbre y la razón de ser de toda la historia humana y que America First y que todo lo americano es lo más grande del mundo. Campeón de la campaña anti-japonesa, de la campaña anti-china, de la campaña anti-inglesa, de toda campaña que favorezca la supremacía absoluta, imperiosa, del norteamericano anglosajón sobre todas las demás razas ó sub-razas de la tierra. Es natural que entre la masa ignorante de su país, Brisbane sea una especie de profeta del dólar. No hace poco decía que siendo los Estados Unidos un país capitalista era natural que sus gobernantes fueran capitalistas, lo mismo que en los países militarizados manda un militar, y abogaba porque los banqueros eliminasen a los politicastros que hasta los últimos tiempos les han servido de instrumento, y asumiesen directamente el poder.

A México lo ve Brisbane con la solicitud paternal con que el Imperio mira a la Colonia. Afirmaba hace poco que lo que hace falta en México es seguir el ejemplo de Pedro el Grande cuando desenterraba los cadáveres de los enemigos de su gobierno para quemarlos junto con los nuevos rebeldes. Una política implacable en nombre de la tranquilidad pública, pero, naturalmente que esto en la Colonia no deja la impresión de la voz del padre, sí la del padrasto. Sin embargo, es este Brisbane el escritor que probablemente saca más dinero de los diarios de México. Simplemente porque los mexicanos no podemos escribir en México y se nos sustituye con los padrastos. La empresa de las noticias hábilmente aliada a los intereses del capitalismo imperialista, priva a sus víctimas, primero, de la conciencia. Y es

(*Pasa a la página 288*)

(¹) Véase la entrega pasada.

El espíritu de la economía íbero-americana

Dos o tres veces, nos encargó Omar Dengo, educador y adalid, que reprodujéramos esta conferencia de Maeztu, pronunciada en la Unión Ibero Americana, *Madrid, en abril de 1927. Ahora nos parece oportuno complacer al amigo ausente, que sigue guiando y aconsejando. Como él, creemos que la lectura de un trabajo de esta índole deben hacerla, y meditarla, los hispanoamericanos conscientes y preocupados.*

(*Concluye.* Véase la entrega anterior)

En América y en España hay en esto de la economía y la moral un sentido dualista. Con este sentido dualista de la vida llega el español a tierras de América y allí se encuentra indios que precisamente se caracterizan por la idea de resistirlo todo, de prescindir de todo y que no conocen el concepto de la economía.

Tengo del indio americano la más alta y exaltada de las ideas. Le creo sobre todo y esencialmente el hijo de una tierra infinita. No sé si será por tener yo sangre americana en las venas, pero creo que no se pone las plantas en tierra de América sin tener la sensación de lo inconmensurable, de lo infinito, de lo que está por encima de nuestras posibilidades, y esto es fundamentalmente lo que da al indio su psicología característica. ¡Tiene América una tierra tan bella! ¿Qué podrá, por ejemplo, igualar el maravilloso contraste que ofrece el campo de Cuba, cubierto de madrugada por la neblina blanca y ver en seguida bruscamente el sol sobre los cañaverales y las palmeras agitadas suavemente por la brisa?; ¿qué podrá competir en grandeza con las tierras mejicanas, con la inmensidad de la Pampa, con la majestad del Paraná o con la selva suramericana, que se va cerrando, tal es su frondosidad, detrás del hombre que se abre con el machete su camino?

Ese indio que ha vivido eternamente en esas tierras infinitas y pródigas, tiene la idea de que no puede quitarse ni agregarse nada a la belleza y hermosura de la Naturaleza y, consecuente con esa idea, vive más al margen de la tierra que no en ella; su obligación es resistirlo todo, aguantarlo todo, lo mismo los intensos calores que sus fríos agudos o la brisa suave de la primavera; lo mismo los huracanes irresistibles del mar Caribe que el perfume incomparable de los frutos de tierras de América; su obligación es aguantarlo y resistirlo todo, pero nunca ponerse a mejorar ni a cambiar aquello que ya el Supremo Hacedor hizo de un modo incomparable, también a su imagen y semejanza, por la infinitud y la grandeza. *(Muy bien, aplausos).*

Este es el fondo del alma india. El indio es el hijo de la Naturaleza, más que el socio o el señor. De otra parte ha de tenerse en cuenta que el indio no ha conocido nunca la propiedad quiritaria. El régimen de propiedad individual absoluta ha sido siempre extraño para él. Y finalmente, ha de recordarse que al entrar los europeos en América, el indio recibió dos enseñanzas en cierto modo contrarias: una, de resignación, se la dió el misionero; otra, de codicia, el encomendero; una la tomó íntegra y fué la enseñanza del cristianismo, la enseñanza de la abnegación, lo que le hizo dejarse gobernar por los caciques, resistirlo todo, sacrificarse por todo. Y puede decirse en términos generales, que donde hay indios y blancos, el indio ha sido, generalmente, modelo de religiosidad y fervor místico.

Pero, de otra parte, los indios veían que aquellos blancos cristianos, que pertenecían a una religión en donde se predicaba abnegación y sacrificio, se preocupaban de amontonar caudales, de hacer dinero, y esto el indio lo ha sentido siempre como una contradicción. Es verdad que el europeo que iba a América se reconciliaba con el dualismo, pensando que una cosa es el ideal, otra la realidad; una el espíritu, y otra la naturaleza; pero el indio, acostumbrado al sacrificio total, no necesitaba transigir con la realidad ni con la codicia. Y por este espíritu suyo de sacrificio ocurre que en estos cuatrocientos años ha llegado a ser amo el inmigrante, mientras que el indio sigue pobre.

Es muy curioso, por ejemplo, ver que el Gobierno norteamericano ha hecho una estadística de las tierras que adquieren los inmigrantes de otros paises. Y los dos millones de peones mejicanos que hay en la América de lengua inglesa se caracterizan en que no quieren adquirir tierras. Es más curioso todavía constar que las reformas que han intentado dar a los indios pequeñas parcelas de tierras, se han frustrado generalmente a causa de la falta de interés del indio hacia la propiedad.

Así, señores, se ha producido la economía tan curiosa, en cierto modo, tan envidiable en otros órdenes, tan peculiar de la América española. Por todos los países de la América española han pasado ocho o diez años de bienestar, de magnificencia, de lujo. Una vez es Chile con sus nitratos, otra la Argentina con sus carnes, Cuba con su azúcar, Montevideo con su tasajo, Venezuela con el cacao, Méjico con su plata, y el Potosí con la plata y el oro. Por todas las Naciones de América han pasado unos cuantos años de bienestar y de riqueza, que se ha traducido en un lujo artístico, agradable, ameno, del que nos puede dar una idea esta página de una escritora americana, la señora Calderón de la Barca, quien al describir una escena de Viernes Santo de 1840, en la gran plaza de la ciudad de Méjico, y pintar el lujo de las damas que en ella paseaban por las tardes, nos dice que las «pueblanas» andaban sin medias en zapatos de razo y con vestidos bordados de oro cuyo costo no bajaba de 500 pesos.

Excusado añadir que los 500 pesos de cada uno de estos trajes, hubiera hecho después falta para poder desarrollar las enormes riquezas naturales de Méjico.

En todos los países podríamos sorprender escenas semejantes. Las tradiciones peruanas de Palma nos podían dar una página de sabor semejante a la de la ciudad de Méjico. Yo mismo podía decir lo que eran en Cuba hace treinta años los días de Semana Santa. Ver salir a los obreros de un ingenio con los cintos llenos de centenes que luego desaparecían de cualquier modo, en tres o cuatro horas, y aquella gente volvía a trabajar, no trabajos livianos, ni de tres o cuatro horas de duración, sino jornadas de doce y catorce horas en las rudas faenas de la recolección y entre los tachos y las calderas, trabajos penosos y duros; y sin embargo, los ahorros de cinco y seis meses se tiraban alegremente en tres y cuatro horas.

Porque la riqueza de Cuba es incomparable Basta arrojar—y esto lo sabe cualquier cubano —una mazorca al azar, para que se produzca una cosecha al cabo de dos o tres meses. Pero el dinero gastado en lujo no puede recuperarse. Hay una diferencia estricta, fundamental, entre el dinero al que se le da un objeto capitalista y el que se invierte en un objeto suntuario. Si cojo mil pesetas y compro una sortija, doy de comer al joyero, pero esta sortija no sirve más que para halagar una simple satisfacción de vanidad. En el acto de la compra termina toda la acción económica posible con el objeto comprado; pero si contrariamente me compro una maquinilla de segar yerba, y con esta máquina y la yerba que obtenga puedo sostener a una vaca y un ternero, el dinero así empleado entra en una circulación que va de lo infinito a lo infinito, mientras que el invertido en lujo cae en el mundo de las cosas perecederas, que se gastan y extinguen. En cambio el que se aplica a la producción, entra en un proceso de multiplicación, que hace que aquellos hombres, más o menos toscos o más ó menos pobres, que hicieron la independencia norteamericana en 1786, sean actualmente los banqueros y prestamistas de todo el mundo.

Algunos amigos que conocen estas ideas, que son mi vida, se chancean diciéndome que la prueba de su veracidad debiera demostrarse haciéndome yo personalmente millonario. Pero, aparte de que el teórico tiene ya bastante ocupación con elaborar su teoría, he de responder que las ideas no actúan tan rápidamente en el mundo de los hechos. Franklin escribía sus *Indicaciones a los que quisieran ser ricos* en 1736, y todavía en 1845, cuando Emerson hace su viaje a Inglaterra, lo que le sorprende es la gran riqueza que encuentra en Londres comparada con la de los Estados Unidos; pero esta sorpresa no hubiera tenido fundamento si el viaje lo hubiese hecho, como lo hice yo, en 1925. Entonces lo que le habría extrañado —y eso que era antes de la huelga de carbón —hubiera sido la miseria relativa de Inglaterra comparada con la riqueza enorme de los Estados Unidos, donde, en las calles de Nueva York, se pueden encontrar 400,000 o 500.000 mujeres vestidas como nuestras actrices o nuestras marquesas, pero difícilmente una sola como las de nuestras clases medias y mucho menos como las de nuestras clases pobres.

Ahora bien: la diversidad de los sentimientos económicos ha traído como consecuencia la polarización de América; una de las dos razas la que habla inglés, es la acreedora; otra, la que habla español o portugués, es la deudora.

Y esta condición de deudora es hasta tal punto causa de ulterior empobrecimiento, que el otro día me contaba un patriota venezolano que las minas de petróleo de Maracaibo fueron vendidas a una Compañía inglesa por 150.000 pesetas poco más o menos y esta Compañía pide hoy por ellas 800 millones de dólares. Es decir, que por 150.000 pesetas han vendido los venezolanos una riqueza de 800 millones de dólares.

Estas son las cosas que me llegan al fondo del alma y me hacen creer en la absoluta necesidad de que cambiemos los españoles hispanoamericanos nuestro concepto del dinero, no precisamente para adoptar el norteamericano, sino para crear un concepto propio que sea claro y lógico, y que nos permita salir de esta situación de inferioridad en que nos encontramos actualmente.

Hablo yo de la necesidad de un cambio espiritual de nuestra sensibilidad económica, no porque no crea en la eficacia de los medios políticos para que mejoren sus Tesoros los pueblos hispanoamericanos, sino porque, aun creyendo en la eficacia de estos medios políticos, hay que reconocer que hoy por hoy no

podemos ponernos frente a frente de los norteamericanos. Esto indudablemente no se puede hacer por ahora, pero, en cambio, es de esperar que si se sigue un buen rumbo, algún día podamos competir con ellos, y digo algún día, porque el siglo actual es de los Estados Unidos, y eso no lo podemos evitar de ninguna manera. Pero lo que podemos hacer nosotros en el actual siglo es preparar nuestro espíritu, nuestra educación y nuestro modo de ser para recoger el día de mañana la herencia de un pueblo en que los pensadores ven claros los estigmas de la decadencia, lo mismo en el abandono de los campos que en la disolución de las familias.

Pero, ¿podemos cambiar?, ¿es posible pasar de un concepto de la economía a otro completamente diferente?, ¿es posible que nosotros que miramos la economía como un medio pasemos a mirarla como un fin?, ¿es posible esto? Yo no lo sé. Pero, mientras nosotros pensemos que la economía es un medio y haya otros pueblos que tengan la creencia de que es un fin, no estaremos en condiciones de competir con ellos. Mientras nosotros creamos que la economía es un medio, no daremos a ella más que nuestros hombres mediocres; por el contrario, los que crean que la economía es un fin, darán los hombres de más capacidad a la vida económica. Yo he oído asegurar en los Estados Unidos que el santo máximo del país es Ford y la razón que argumentan los que dicen esto, es que la bondad se conoce en los resultados, no en las intenciones, y que Henry Ford, que no da jornales menores de nueve dólares a cada obrero, y tiene doscientos mil en sus talleres, es el hombre que ha realizado mayor beneficio a todo el país.

Mientras no demos nosotros a la economía, al comercio, a la industria y a la Banca más que aquellos hombres que no hayan servido para entrar en las carreras del Estado o en las profesiones liberales, es decir, los de segundo o de tercer orden, no podemos esperar que nuestra economía sea más que de segundo o de tercer orden. Hay que darle una parte de nuestros hombres mejores y para esto necesitamos cambiar nuestro sentido económico y nuestro sistema de valoraciones.

Pero, ¿es posible?, ¿es posible realizar este cambio?, ¿es posible cambiar estos fondos sentimentales de la vida? Yo no lo sé, aunque creo que sí. De lo que estoy seguro es de que al afrontar los problemas de raza, de historia y de tradición hay que plantearse el más transcedental para la vida de los pueblos hispanoamericanos y este problema es el del concepto moral de la economía.

Repito que no sé si será posible realizar este cambio de dirección a que acabo de referirme, pero me inclino a creer que sí, porque si yo no creyera en el poder de las ideas, no sería escritor, ni conferencista, como no creo que habría tampoco predicadores si no creyesen en la eficacia de su prédica, ni habría escuelas en el mundo si se creyesen incomunicables las ideas. Tampoco ha de creerse que la transformación que pido esté reñida con nuestra tradición religiosa, la idea católica o universal no puede ya tener la concurrencia de los que creen que, desde la creación del mundo, la Providencia ha dispuesto que aquellos hombres de la raza sajona vayan a la salvación económica y que los de la raza hispana perezcan y se arruinen.

Pero, de otra parte, hay en las ideas económicas de los norteamericanos algunas que son totalmente evidentes y de una lógica irresistible. Hay, por ejemplo, dos maneras opuestas de hacer dinero: una es la predatoria, que consiste en buscar el medio de meter la mano encubiertamente en el bolsillo de los demás. Esto se puede hacer por casas de juego o de mal vivir, insuflando la pasión del lujo, abriendo tiendas que satisfagan la vanidad, practicando la usura; muchas maneras hay, en fin, para hacer dinero, perjudicando a los demás, empobreciendo a los demás. Sólo que también hay otra manera de enriquecerse enriqueciendo a los demás, porque vivimos en una Naturaleza de riqueza potencialmente infinita. El hombre puede dedicarse a alumbrar fuentes nuevas de riquezas. También puede inventar, por ejemplo, el modo que las mujeres que llevan los niños en brazos porque no tienen cincuenta duros para comprar un coche, puedan librarse de esta fatiga, fabricando un cochecito económico que sólo les cueste cinco duros. Hay la manera de organizar el trabajo de manera que aumente su producción considerablemente, y el error máximo a mi juicio, del socialismo en el siglo XIX, consiste en identificar ambas maneras de hacer dinero y combatir lo mismo el capital que se hace enriqueciendo a los demás que el que se hace empobreciéndolos. Yo creo que es necesario comenzar por una separación radical en estos dos conceptos.

Igualmente hay dos maneras de gastar el dinero: hay la manera sensual de invertir el dinero, que es separarlo de esa corriente de lo finito a lo infinito; y hay otra manera reverencial de emplearlo en las obras que contribuyan a la multiplicación y difusion de la riqueza, por ejemplo, en obras de riego o en la creación de nuevas industrias, o en todo lo que contribuya a elevar el nivel del hombre, como escuelas, universidades, institutos de beneficencia, etc. Así se cumple el precepto de que el dinero, no debe gastarse sino en algo que produzca más dinero o que acreciente el valor del hombre y su capacidad de producir, no solamente valores económicos, sino valores intelectuales, artísticos, morales, etc.

Hay también otra razón para honrar como se debe a los hombres que realizan esta función económica de multiplicar el dinero aplicándolo al trabajo, porque es una de las más difíciles que pueden concebirse. Recuerdo que dentro de unas semanas se va a jugar en la Lotería de Madrid el premio de Navidad, y me imagino que ha de tocar el Gordo a algunos de los señores que me están escuchando, y me digo: si uno de nosotros se encuentra de la noche a la mañana con 15 o 20 millones de pesetas, ¿sabríamos aplicarlos en forma tal que al propio tiempo que los multiplicábamos servían de utilidad para nuestros semejantes? Yo, al menos, no lo sabría hacer seguramente. Lo que haría probablemente, sería comprar valores del Estado, casas, o algo así, con lo que no se reportaría gran utilidad a la Comunidad; pero coger ese capital y multiplicarlo, es cosa que saben hacer muy pocas gentes. Hay, sin embargo, individuos que saben que existen minas, comercios, industrias, campos, una región aislada por falta de vías de comunicación, y que contando con los medios necesarios, las transformarían en veneros de riqueza; que los hay es indudable, pero a esa gente no les tocará probablemente el premio gordo. Honrar a estos hombres, sacarlos del retraimiento, y dotarles de los medios precisos, esta debería ser una función fundamental, y consagrarse a ella debiera considerarse como uno de los más altos y sagrados deberes que los hombres pueden realizar. Los capitanes de la industria y de los negocios deberían ser considerados por nosotros como prohombres tan elevados y valiosos como los de cualquier otra profesión.

Es verdad que con estas ideas se corre el peligro de materializar a un pueblo que también tiene sus tendencias materialistas, porque en España no todo fué D. Quijote, sino que también hubo Sancho y la Novela Picaresca. Y en cierto modo, el movimiento de 1898, tuvo un sentido eminentemente práctico, y en él comenzó a asomarnos el sentido de Economía. Nos nació la idea de que el dinero es una cosa bastante importante. Lo que no se nos ocurrió fué la manera de asociar esta idea económica con la idea moral de que uno no se debe enriquecer sino enriqueciendo a los demás, de que no se debe gastar el dinero sino en tal forma que contribuya al incremento de la riqueza general o del espíritu del hombre. La asociación de la Economía con la Etica es el problema que hemos de resolver. Personalmente no creo que podamos esperar en ver los frutos de estas ideas, porque se tarda mucho en recoger lo que se siembra.

Pero, por medio del orgullo americano, se puede llegar a hacer comprender al indio, al último indio, que el ideal no consiste en resistirlo todo y en prescindir de todo, sino en dominarlo todo, y que lo mismo se puede poner el orgullo en la dominación del mundo económico que se pone actualmente el orgullo en prescindir de la riqueza. Esta es la idea: que la recoja el espíritu enérgico de América con su fuerza inmensa de vibración espiritual y llegará a convertirse en una realidad, tan evidente, que pasará a formar parte del torrente ideal circulatorio, olvidándose hasta de su inventor y de su origen, que no hace falta tampoco recordar.

La filosofía de esta idea la encuentro yo personalmente en el ideal que busca la unidad del poder, del saber y del amor, que los teólogos de los siglos XII y XIII consideraban como los atributos esenciales de la Providencia.

Que el poder no subsiste como tal poder, sino asociado al amor y al saber, nos lo muestra la historia de todos los pueblos bárbaros que han tenido el poder y lo han perdido; que el saber no es realmente saber si no se asocia al poder y al amor nos lo muestra el caso de Alejandría y de Bizancio, que produjeron un saber apartado de la realidad, que acabó perdiéndose en un juego de palabras y conceptos; que el amor sin un sentido de poder y del saber puede también no valer nada, me lo dijeron los monitos encerrados en una jaula del Parque Zoológico de Londres. Eran unos monitos que se pasaban todo el día haciéndose caricias y repartiéndose fraternalmente todos cuantos obsequios recibían de los visitantes. Eran todo amor, pero no valían nada. Eran meramente unos monitos del Jardín Zoológico de Londres.

Solamente en la unidad del poder, del saber y del amor es donde la corriente del gran río que es el universo, encuentra su lecho y su sostén. Sobre ese lecho fluye todo lo que es fecundo, todo lo que ha de vivir; del cauce se sale lo que ha de perecer, lo que no vale nada. La corriente que fluye por el cauce del poder, el saber y el amor, vuelve al través del mar al cielo originario. *(Muy bien, grandes y prolongados aplausos.)*

Ramiro de Maeztu

Estampas...

(Viene de la página 274)

ligroso. Se ha visto a las gentes, durante décadas, pasar por lo que el halo designa y nunca nadie se ha acercado a averiguar si es pasta de cartón o recio diamante lo que proyecta el resplandor. Ellos, sensibles como el barómetro, señalan al instante la altura a que los va elevando la superstición pública. Y como la columna mercurial no baja, pontifican desde la discutible eminencia para dar rumbo a todos los negocios de un país.

Aquí es donde se perfila el esclavizante siniestro. Si es un problema de Educación el que se presenta a un país, el resplandor del halo lo enfoca y como no puede darle otra luz que la propia, y exclusiva, impone enseguida la regresión. Si es una cuestión económica la que pende de solución certera, el halo de la omnisciencia la atrae hacia sí y la moldea a su imagen y semejanza. Si es la higiene pública la que se ha actualizado, el halo le alumbra el camino que le va marcando.

¿Qué problema de un país no queda supeditado desde el instante que se presenta a la voluntad del halo del esclavizante? Todos tienen que obtener en ese gran laboratorio la licencia que los deje, transformados ya, rigiendo sobre un pueblo. Y de esta manera un país se estanca, va a la regresión de su Educación, de su Economía, de su Ciencia, de su Libertad, en una palabra.

¿Con qué espíritu resuelven esos esclavizantes los problemas vitales de una nación? Su contacto con el mundo lo perdieron desde hace bastantes años, precisamente desde que empezaron a ver elevarse la altura de la columna barométrica. Se dieron cuenta de que vivían en un país falto de contrastes, adormilado, y nutrieron bien esos vicios. Confiaron luego a sólo su talento el dominio de todos los problemas. Surge un problema tan vital como el del dominio de la electricidad y los halos se indignan porque los varones vigilantes la nacionalizan y dan vida a una Junta que administre esos inmensos intereses. Anatematizan a los defensores del principio de que la electricidad no debe tener otro control que el de la nación que se sirve de ella. Y están ciegos para ver que un brutal monstruo viene arrollando toda la electricidad del Continente nuestro, para ser Amo único y poder así esclavizar.

Sir Oliver Lodge, el gran hombre de ciencia de Inglaterra, dijo en frase que tenemos citada en una *Estampa* anterior: *This is the age of electricity*. Ah! pero la electricidad sigue siendo aun para muchos algo que pertenece a una época lejana. Para los espíritus que no han perdido su contacto con el mundo, la electricidad está gobernando este ciclo que vivimos. Así lo han creído también todos los que la quisieron nacionalizada en Costa Rica y por eso dieron la ley previsora.

Cobra fuerza espantosa un problema como el del latifundio ejercido por la Bananera y los espíritus nuevos le enfrentan la ley equitativa. Entonces los halos de los esclavizantes vuelven sus resplandores hacia el lado opuesto para vocear que es por allí por donde la cuestión necesita encaminarse. Y desacreditan la obra que vino al mundo sin recibir la consagración de ellos. Quieren esos halos quedar solos, decir la palabra final.

¿Y cuál es esa palabra final, pronunciada con tanta arrogancia? No es por cierto la que da siquiera a la Bananera trato de igual a igual. Siguen colocando al país en una condición subordinada. Es preciso abrirle nuevas regiones a esa compañía, darle todas las reservas existentes, obligarla a producir banano, mucho banano.

Dijimos por eso que los esclavizantes de jerarquía superior son realmente los funestos para la libertad de un país. Como la superstición les ha otorgado la exclusiva del derecho de pontificar, ellos hablan a su antojo, es decir, con las ideas que hace cincuenta años gobernaron el mundo. Veámoslos, si no, negando que la electricidad sea para las generaciones inmediatas algo tan esencial como el aire y el agua. Veámoslos negándole a la nación derecho para contener el monopolio de la electricidad y capacidad para administrar su propia electricidad. Veámoslos entregando todas las tierras que son reserva, en un país diminuto, que pertenecen a las generaciones futuras. Veámoslos limitando la prosperidad del país a ciclos cortísimos.

Revelan tales hechos que esos esclavizantes ejercen fatalmente su ministerio. Son gente de limitaciones terribles. Para ellas no hay más generaciones que las que van pasando frente a sus ojos. De ahí que no precise conservar nada para el futuro. Electricidad o tierras, todo puede acabar con ellos.

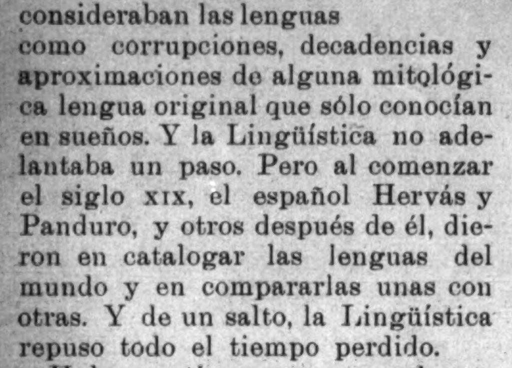
Mientras tanto, sirven esos halos para que los poderes de esclavitud se aprovechen de su rezago y saquen armas para vencer la defensa de la libertad del país. No podrán nunca esos pontífices decir como el canto de libertad de los británicos: *Britons never shall be slaves*.

JUAN DEL CAMINO

Limón y mayo del 30.

Palabras sobre la nación argentina [1]

=De *Nosotros*. Buenos Aires=



HUBO un tiempo en que los filólogos consideraban las lenguas como corrupciones, decadencias y aproximaciones de alguna mitológica lengua original que sólo conocían en sueños. Y la Lingüística no adelantaba un paso. Pero al comenzar el siglo XIX, el español Hervás y Panduro, y otros después de él, dieron en catalogar las lenguas del mundo y en compararlas unas con otras. Y de un salto, la Lingüística repuso todo el tiempo perdido.

Hubo un tiempo en que cada nación americana quería conocerse a sí misma por un acto de mística penetración, o bien considerándose como aproximación y—ya que no como decadencia—como repercusión o eco de algún soñado modelo de nacionalidades, de algún contrato constitucional teórico, inventado por pensadores y políticos de otros pueblos. Y el conocimiento de nosotros mismos no adelantaba un paso. Pero hace pocos lustros—y nunca insistiremos lo bastante en la importancia de este descubrimiento—inventamos un equivalente de la Gramática Comparada entre las naciones de Hispano-América y creo que, antes de pocos lustros también, habremos repuesto el tiempo perdido. Quiero decir que hemos comenzado apenas a compararnos unos con otros, y que de semejante comparación ha de nacer un conocimiento más exacto del propio ser nacional.

He pensado que las impresiones de un extranjero (que no lo es tanto) sobre ciertos rasgos fundamentales de la nación argentina, podrían tener, cuando menos, alguna curiosidad. Los escritores de España han confesado que la visión extranjera de Théophile Gautier les ayudó a abrir los ojos sobre los aspectos y perfiles de su propio paisaje. Y Gautier era mucho más extranjero para España de lo que este mexicano que habla puede serlo para la Argentina. El nuevo escorzo, la desviación que produce el mirar las cosas viniendo de otra parte, ayuda a rodearlas y abarcarlas mejor. Aunque yo no quiera, aunque suprima un término de la comparación, mis impresiones sobre la Argentina tienen quo fundarse en un trabajo comparativo de la mente. De aquí, creo yo, todo el valor de tales impresiones, si alguno tienen.

En nuestro caso, la comparación posee un interés singular, porque no se establece entre dos países cualesquiera de nuestra raza, sino entre México y la Argentina, los dos países polos, los dos extremos representativos de los dos fundamentales modos de ser que encontramos en Hispano-América. Y definir un fenómeno por sus extremos es la manera de abreviar.

Va siendo tiempo de que nos preguntemos qué significa nuestra América. Todos sabemos que es un enjerto del vigor español de la mejor época, trasplantado a otra geografía y encauzado por otras venas. En suma, pueblos de juventud, donde los choques de sangres diferentes no se han equilibrado del todo. Bien está. Pero, sobre este paisaje de fondo ¿cuál es la fisonomía actual de nuestra América? Cada uno mira el mundo desde su ventana. La mía es la Literatura. El mundo literario de Hispano-América—y el suelo en que crece la vegetación de la poesía es el suelo más profundo y cierto de las sociedades humanas—permite distinguir, en nuestros pueblos, tres zonas principales. Al Norte, la zona que tiene a México por centro, que abarca a las Antillas y a toda la América Istmica, y llega hasta las fronteras de Colombia. Al Sur, la zona cuyo principal foco es la Argentina, y que mi auditorio conoce mejor que yo. Y entre una y otra, la zona que podemos llamar de los países bolivarianos, donde se mezclan en diversa proporción, con las aguas propias, las corrientes brotadas de las dos zonas anteriores. Ahora bien, por su extremo Norte, nuestra América se inclina a un carácter, y por su extremo Sur, a otro. Veamos:

En 1913 y en París, tuve con Leopoldo Lugones una conversación que he transcrito así, en alguno de mis libros:

«—Vosotros, mexicanos—me decía Leopoldo Lugones—sois casi como los europeos; tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'auctochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.»

Estas palabras, improvisadas en la conversación, a bulto y sin matices, describen bien la postura del fenómeno, aunque tengan la exageración del epigrama. De entonces acá, el poeta ha sentido crecer en su corazón el culto por las cuentas históricas, y en su conciencia, las ventajas de tener compromisos con la tradición.

Hace pocos meses, y en Buenos Aires, tuve con José Ortega y Gasset otra conversación sobre el mismo tema. El filósofo vino a decirme más o menos:

—Vuestra América es una gama. Por el extremo mexicano, el tinte aparece todavía muy semejante al tinte europeo; es decir: la historia nacional es larga y compleja, pesa mucho, y el ser actual del pueblo resulta de la fusión y catequismo, más o menos logrados, entre una raza conquistadora y una raza vencida. Por el extremo argentino, el

(*Pasa a la página 287*)

Alfonso Reyes

Antes Embajador de México en la Argentina. Ahora lo han trasladado a Río Janeiro. Con este motivo, redactores y amigos del gran mensuario *Nosotros*, de Buenos Aires, lo despidieron con una comida en el RESTAURANT JOUSTEN. Dijo entonces Roberto F. Giusti, uno de los Directores de *Nosotros*, estas palabras cordiales:

Amigo Reyes:

Esto es apenas un apretón de manos en nombre de los presentes, acompañado de un «hasta pronto» cordial. En efecto, no hay por qué lisonjearos ahora los oídos con palabras de sobremesa, cuando bien sabéis qué alta estimación hacemos—y tantas veces la hemos expresado en el juicio crítico—de vuestro ingenio fino y complicado, de vuestra inteligencia clarísima, de vuestra obra ilustre.

Os seguíamos con asidua admiración antes que México os confiara su embajada entre nosotros. Llegó ese día que esperábamos, porque sabíamos que México ha honrado siempre a la Argentina, con lo que se honraba a sí mismo, enviándonos como mensajeros amigos a sus hombres más eminentes en los estudios y en las letras, tal Amado Nervo, tal Ureta, tal Antonio Caso, tal Vasconcelos, tal González Martínez. Alfonso Reyes, una de las figuras más insignes del mundo hispano-hablante por la selección de su cultura y la destreza de su pluma, después de haber residido en dos grandes capitales latinas de Europa, como Madrid y París, podía serle negado a Buenos Aires, capital latina de América? Y así fué como tuvimos entre nosotros a este humanista del novecientos, en quien se continúa la preclara tradición diplomática del Renacimiento, la de los Castigliones y los Mendozas.

El caballero que profesa el culto de la amistad, había de desarmar desde el primer día a los ceñudos hombres a la defensiva que habitamos esta factoría, para abrirse en seguida fáciles caminos hasta nuestro corazón. El poeta, alerta cazador de imágenes e impresiones, como

(Pasa a la página 288.)

[1] Alfonso Reyes, a nuestro pedido, nos ha entregado a modo de despedida, estas interesantes observaciones sobre la Argentina, que hasta ahora había mantenido inéditas, aunque habían sido trasmitidas por radiotelefonía, la noche del 29 de agosto del año pasado. (N. de la R. de *Nosotros*.)

La patria imaginaria

A J. García Monge

UNA vecina, velaba al niño enfermo, cuando los padres con la primera luz fría del alba se iban cada cual a su trabajo. Él, a la obra donde era albañil; ella, a la fábrica donde hacía botones. Besaban muy dulcemente al dormido, poñiendo en orden las ropas de la cama, y salían.

Unos minutos después entraba Elvira, la vecina. Era rubia, dulce y bonita, con esa gracia un poco triste, fugaz resplandor en la juventud de las mujeres pobres. Estaba de novia y era costurera. A hurtadillas, entre los tules, cintas y encajes con que trabajaba primores, cosía su propio ajuar muy modesto, como esas alianzas de los pobres, que fingen un oro de brillo caduco y vergonzoso.

Compadecía al niño que había mecido pequeñito, y para distraerle urdía con mucha gracia e imaginación, historias maravillosas que recreaban a un tiempo su propia fantasía desmedida y ardiente y la del enfermo que la escuchaba luciendo una doble llama de fiebre y curiosidad en los preciosos ojos.

La pieza era estrecha y recibía luz por una ventanita donde crecía un geranio dentro de una lata medio oxidada. Las flores de sangre y el canario saltarín eran el lujo de aquella miseria, el ibis rosa en el pantano, junto a la infancia atada por la cuerda roja de la enfermedad. El niño, cerrando los ojos reconstruía dentro de sí hasta el más leve detalle del cuarto donde languidecía: la mancha humedecida del yeso en un ángulo del techo, el espejo del armario cuyo vértice superior negreaba, falto de azogue, los hilos de sol que se pintaban verticalmente sobre la pared según la hora del día, el ruido de la baldosa que fallaba bajo el andar apresurado de los vecinos, junto a la puerta.

Reducido el mundo para él, dentro de unos límites oscuros y miserables, ascendía por la imaginación como si le crecieran unas alas fuertes y anchas o como si convertido el ventanillo en una de esas bolas de cristal donde se lee el destino, viera animarse allí paisajes de colores.

Tendía la manecita abierta sobre el rayo de sol que se acostaba en su pecho escuálido y mirándose el ramaje azul de las venas, dolorosamente acusado a través del cutis anémico, escuchaba a la narradora en cuya voz muy dulce vivían visiones incomparables: perfiles de oro, sutilísimos encajes de bruma. Muy despacio, iban pintándose los límites fabulosos de una tierra sin nombre, donde los niños no conocían el dolor y los hombres no padecían la pobreza ni la injusticia. Allí, había rosas que jamás se deshojaban, frutas que volvían a espesar su pulpa sabrosa, sobre el hueso desdeñado en el polvo, árboles a cuya sombra verde y fresca no se podía morir.

—Y chicos enfermos, ¿no, Elvira?

La costurera se inclinaba a cortar el hilo con aquel ruido peculiar de los dientes, que divertía al niño.

—Claro, que no.

—Y ¿termómetros?—Aludía el nene en una forma tácita a su terror nocturno, renovado cada vez que los padres retiraban del bracito ardiente, el cristal medido que denunciaba implacable: 38 grados!

—Tampoco, soncito. ¿No ves que esa es la tierra de la Alegría. Allí no se necesita pedir nada. Basta desearlo para que se forme en el aire azul, siempre al alcance de la mano.

—Qué lindo sería vivir en esa patria!

Entonces, Elvira dejando de lado su costura, se acercaba a la cama y recibía el peso ardiente del niño sobre su pecho. Una ternura inmensa, desconocida, fluyente de lo más hondo de su lástima humana, de su oscuro destino de pobre, de su cariño sensible de novia que soñaba ser esposa y madre, desbordaba en el abrazo cariñido, en el fervor de caridad que le entibiaba los labios frescos sobre la frente ardorosa del niño:

—Pobrecito, lindo, mi ángel. A ver si duerme un ratito, eh? Hay que ser bueno y obediente para curarse pronto..'

En la casa de vecindad todos tenían un mimo para el enfermo al que vieran de chiquito seguir muy curioso la marcha de las hormigas sobre las baldosas coloradas del patio.

En esa hora indecisa entre el crepúsculo y la noche que enciende las lámparas del suburbio, los vecinos se allegaban despacio al cuarto del enfermo. Francisco, que vendía frutas, reservaba siempre alguna naranja recatada en sus gruesas manos cruzadas en la espalda, mientras suavizando su voz estentórea preguntaba desde la puerta con su acento italiano:

—Eh! ¿Qué tal *pacarito?*

Y la baldosa vacilaba con un ruido particular bajo su planta recia.

El viejo Juan haciendo una excepción en honor de Guillermito, traía su organillo cansado de morder un mismo tango por todos los barrios tristes de Buenos Aires y daba vueltas a la manija con su única sonrisa del día, triste, cansada, incomprensible sonrisa del que arroja unos instantes su fardo, para enjugarse las sienes madorosas. Embelesado miraba el niño a la cotorrita, amiga y colaboradora del organillero. Trascendía del ave ocupada en atusarse su plumaje verde y lustroso, un color de naturaleza libre y saludable, de fronda caldeada por el sol...

Una noche quiso el niño que la *catita* le sacara su suerte y el animal graciosamente hundiendo el pico, rosado entre los papeles augurales, sacó uno de un bonito azul, cuyas letras descifró Elvira inclinada sobre la lámpara:

—Que vas a ser rico... y feliz... y a vivir muchos años..!

—Qué suerte! Qué suerte! Y todos ustedes se vendrán conmigo, no? Y será como en esa tierra que tú dices, Elvira.

La novia sonreía con dulzura, ocu-



María Alicia Domínguez

Poemas

Pampa de fuego

Campo muerto de sed, de un amarillo ardiente...
Bajo el azul sin nubes de este cielo inflamado.
Por las huellas resecas marcho casi inconciente.
Tiemblan alas de fuego en el aire caldeado!

Hierve un mar escarlata de luz en el oeste
y al fundirme en la llama de la hora terrible
nado en un fuego líquido, soy la niebla celeste
que suspiran los charcos en vapor invisible.

Pampa trágica y dura, desgarrada en la espina
de los cardos hostiles, sedienta en los rastrojos,
honda de cicatrices... brava tierra argentina,
¡paisaje al que se adapta el hambre de mis ojos!,

Desmido en ti mi alma fuerte y desmesurada.
Tú sí que me contienes y me libras, yo siento
que aligera mi angustia, caminar tu abrasada
extensión implacable, sola en ti con el viento..!

Nocturno

Miro girar la rueda constelada
de la noche, y sujeto el pensamiento
a aquella luz florida en rosas de oro,
pero me abate mi dolor inmenso
sobre el tapiz de sombras y de pastos...
Sombra en la sombra, dulcemente pienso:

Que el alma se liberte en ese impulso
desesperado que precede al vuelo,
que mi tierra se hermane a este reposo,
que el fluir de mis venas claro y lento
se inyecte en las arterias subterráneas,
que la vida aquietada de mis dedos
se pierda en las raíces vegetales,
que se esparzan al aire mis cabellos,
que el susurro apagado de mis labios
cunda en el viento...
que me disperse en todo
exprimida y donada hasta en mis sueños..!

(Pasa a la página 283)

pada en recoger cuidadosamente la tijera, el dedal y el tubo de las agujas. Y el niño, mirando el hermoso rostro rubio y pensativo, tendía la imaginación ávida hacia el país celeste de los sueños, aferrado a las palabras mágicas de la muchacha, como a una promesa portentosa que había de cumplirse.

¡Ah, si él pudiera un día conquistar aquella tierra feliz donde no existía ni el dolor ni la injusticia! !Qué suerte para todos los que quería!

El pobre Francisco, cuyos besos le dejaban en la cara la aspereza de sus bigotes negros, no precisaría vender naranjas. ¿Para qué? Los árboles las daban sin cansarse. Y también nísperos ácidos, y frescas ciruelas rubias y racimos alegres de cerezas coloradas y lustrosas. Tampoco Juan iba ya a dar vueltas a la manija de su organillo, con aquella pobre mano áspera y cansada que se dejaba estar quietita sobre la colcha roja de su cama. Y ¿mamá? ¡Pobre mamita que se acostaba tarde para coser las ropas y se levantaba con el sol para ir a la Fábrica, dándole unos besos helados antes de marchar, porque en el patio hacía un frío que volvía escarcha el aliento. ¡Qué abrigada y contenta iba a estar, calentándole sus manecitas entre las pieles tibias! Además en «la tierra hermosa» seguro no hay andamios y el papá no iba ya nunca más a exponer su vida entre nubes blancas de cal, junto a los ladrillos rojeantes...

¿Y Elvira? ¡Qué bonita estaría sin coser, contando cuentos entre rosas, pájaros y frutas, allí en esa patria donde la milagrosa dicha de vivir en paz, era algo tan sencillo como el agua o como la diaria aparición del sol! Ardían el ensueño y la fiebre en las pupilas inmensas de la criatura, con un fuego casi sobrenatural de precoz inteligencia. Y la plural ternura de aquellos seres parecía empujar lejos de su frente pálida la visión de unas alas de tul negro bajo las que brillaba una estrella.

Se hacía en la piecita un conmovido silencio. Francisco, fumaba su pipa junto a la puerta para ahuyentar el humo hacia el patio; Juan, muy triste como siempre, buscaba algún nuevo deterioro en la caja de música o repasaba las correas de cuero con que la suspendía de sus hombros. La madre, aderezaba la cena, y el padre componía algún juguete exótico para Guillermito. La entera paz de la noche ciudadana caía sobre el cansancio del barrio pobre, como un árbol piadoso que floreciera más espeso para los que en verdad necesitaban de su sombra a la hora de dormir y olvidar.

Dos noticias simultáneas conmovieron a los vecinos en aquella linda tarde de verano: Que el médico que visitaba al niño, había asegurado su restablecimiento si se le fortalecía en un aire puro de altura —la sierra cordobesa, por ejemplo— y que el novio de Elvira que ese año recibía su título de doctor en medicina, la dejaba para casarse con la hija da uno de sus profesores. A la muchacha le dió él la noticia en una carta muy fría y muy amable que recibió de manos de un mensajero. En letra dibujada y elegante, el novio aseguraba que «no estando seguro de su sentimiento», apelaba a la bondad de ella para que le considerara libre de todo compromiso. Aquel amor no había pasado de «una cosa de chicos» y es imposible asegurar la legitimidad de una emoción trabada con recuerdos de infancia y ensueños de adolescencia. No era cosa de confundir lamentablemente el amor y anudar una doble desgracia en un fracaso irremediable».

Todo muy razonable, muy medido.

—No entiendo bien—balbuceaba la pobrecita, pasándose la mano por la frente envuelta en un nimbo rubio que el sol encendía a través de la parra no muy crecida que empezaba a sombrear el patio.

—No entiendo bien..! Y el reflejo verdoso le caía sobre el rostro blanco acentuando terriblemente su palidez, mientras la mano se aferraba con desesperación al borde de la pileta cercana.

—¿Qué le pasa, hijita?—inquirió ansiosamente la madre de Guillermo que salía a comunicar a la muchacha el resultado de la visita médica.

—Nada, señora... Que él ya no me quiere.

La voz era ronca y angustiada. El peso del reino imaginario roto sobre su vida la sepultaba bajo el escombro innumerable.

En el patio vecino, un grupo alegre de chicas rompió a cantar una ronda:

Yo soy la viudita
del conde Laurel...

—No se aflija, criatura... Un hombre que se vende a la mejor probabilidad no merece que lo llore una mujer como usted. La deja por interés.

—Ya no me quiere. Ya no me quiere..!

La voz de la pobre novia se ahogaba en la suprema invocación del desamparo humano: Ay, Dios mío!

Mientras, el coro enardecido de alegría parecía saludar a la luna roja, que trepaba dueña del cielo azulísimo sobre los aledaños pobres:

Siendo tan hermosa
¿no encuentras con quien?

Y el dulce perfume de la madreselva hincaba en el corazón de la abandonada las espinas de muchos recuerdos...

—Ay, Dios mío, Dios mío!

—Yo quiero que él me deba su salud...

—Pero, Elvira!

—Sí. Lo que no me sirvió para ser dichosa le servirá para salvarse.

—Es que tú eres pobre como nosotros...

—Soy sola para luchar!

—Por lo mismo...

Sacudió ella su rubia cabeza con una expresión enérgica y desconocida.

—Con lo que trabajo, vivo bien. No preciso más. He vendido mi ajuar; lo que me dieron por él y mis ahorros de seis años—los que soñaba llevar a mi boda — son para él. Yo se los regalo y deseo que le ayuden a ser feliz.

Cuando chiquito le hacía dormir en mis brazos, ya enfermo acompañé muchas veces su soledad. Al ayudarles, lo hago pensando en todo esto.

La madre fué hacía la muchacha, llorando.

—Ud. se sacrifica por nosotros!

—No, señora. Lo hago por cariño a Guillermito. Ojalá mi dicha sea el precio de su rescate! Si cura y es dichoso, si aprovecha lo que Dios no quiso que yo aprovechara, me consideraré paga de sobra.

El niño la miraba con una luz brillante en su expresión algo atónita, como si viera transformarse a la costurera en el hada rubia que le tendía la llave de diamantes de la patria imaginaria, con todos sus dones: Salud, infancia, alegría, paz, ensueño!

Ella lo estrechaba ahora en sus brazos vacíos de todo otro amor, lacios del cansancio de una espera inútil, y el nene sentía sobre la brasa de sus sienes, el pétalo fresco de los labios juveniles.

—Y vás a ser muy feliz!

—¿Cómo en esa tierra que tú dices?

—Como en esa tierra, sí!

El gorjeo del canario despierto bajo el fulgor de la lampara que acababan de encender, tendió como un velo ligero de alegría sobre las frentes agobiadas, un remanecer de augurio venturoso...

Segunda parte

En el *hall* iluminado del teatro, junto a una de las carteleras que proclamaba en colorado vibrante y en negro firme el título vencedor del año escénico: *La patria imaginaria*, su autor fué detenido por una mano pálida, cuya dueña le nombró en voz baja y tímida:

—Dr. Alcántara...

Señora...

Una mujer pequeña, blanca, de edad indefinible y pobre aspecto buscaba sus ojos con insistencia, mientras le retenía suavemente del saco.

—Un momentito, si me hace el favor..!

Y el autor, al verse rodeado por un grupo de escritores y críticos, hizo una señal de espera a su interlocutora.

La obra entrañable en su sentido humano, era todo un acierto de contenido emocional, de lógica social y de expresión sincera.

Aquel primer acto, con el decorado sencillo de un interior pobre en el que padecía y soñaba un niño enfermo, asistido por la compañía de una costurera de imaginación y sentimiento, era de una realidad tan desgarradora que cautivaba al más escéptico.

Bajo la luz dorada que caía del plafón de radiante cristal, la figura del autor triunfante rodeado de personas que acudían a felicitarle, resaltaba por la altura y la adustez no fingida de su porte patricio y enlutado.

Era serio y pálido, con esa palidez morena que acaba irradiando en las pupilas, unas verdes pupilas serias y nobles en él. Accionaba suavemente al hablar, moviendo apenas los labios.

—De modo que *La patria imaginaria*, es..? inquirió un crítico volviéndose hacia el autor con gran curiosidad de oírle definir aquella finalidad que latía como desgarrada y ansiosa en el último acto.

—Es la porción celeste que puede conquistarse con el esfuerzo humano.

—¿Asistido por el Amor?

—Naturalmente.

—Con muchas porciones similares a un todo inefable, verdad?

—La Ciudad de Dios sobre la Tierra.

—Sí.

—Un imposible...social!

—Yo no pretendo afirmar nada. Pero todo lo que el hombre concibe puede realizarse, cuando se inspira en el amor!

—Qué ideal plebeyo! murmuró por lo bajo un colega envidioso, haciendo como que encendía un cigarrillo para deslizar su opinión adversa al oído de un amigo.

Sonrió el autor que había escuchado, volviendo el rostro hacia la sala roja inundada por la rica luz de las lucernas de cristal que se habían encendido. Corridos los cortinados de felpa, la elegante concurrencia desalojaba muy despacio, bajo la impresión a la vez angustiosa y bella del final.

—La verdadera plebeyez sólo reside en el espíritu. Y no hay otra selección que la que vive infusa en cada alma. No se puede esgrimir la palabra plebe como un insulto contra una porción de humanidad, sin merecerla de igual modo!

La mirada recta y aguda del escritor sacudió un frío desprecio sobre el semblante algo demudado, del otro.

Varias personas les separaron en su afán de saludar al autor. Las damas acudían con su pintada sonrisa y una efusión emocionada, tendiendo la mano presa en el guante suave o luminosa de joyas.

En la atmósfera densa, balsámica y colorida del *hall*, no faltó la araña envidiosa que urdiera la tela gris de la opinión contradictoria:

«La obra es en partes autobiográfica. Como él se levantó de la nada...

Firme, sonriente, el autor recibía los homenajes con la segura gallardía del que tiene suficiente talento como para no ignorarlo y bastante cultura como para no envanecerse.

Entonces, por segunda vez en la noche, la mano tímida, le asió muy despacio. Inclinóse él hacia la mujer, blanca, borrosa, como si con aquel movimiento casi ajeno de curiosidad, hubiera de definir su rostro demasiado pálido, de rasgos fatigados.

—Qué deseaba, señora? En qué puedo serle útil?

Y la miraba fijamente al cristal de las pupilas cual si esperara ver asomarse allí como a un agua verdosa, la flor de una imagen perdida...

—Guillermo...

Algo muy dormido, muy dormido, parecía, pugnar en él por resonar en un nombre, algo muy sensible se movía dentro con ansia subterránea, instintiva.

—Guillermito...

Y la pequeña mano de contacto áspero se oprimió sobre la suya, como recobrando algo, perdido en el tiempo, recuperado al fin...

—¿No te acuerdas de mí?

Algo triste y roto el cristal de la voz sonó con un timbre lejano.

¡Ah, sí! La voz veladora de una fiebre! La querida, adorable voz que tenía color, perfume, esperanza! La voz juvenil, quebrada un día por el sollozo y recobrada después en el sacrificio! La que sueño, a sueño, erguía los peldaños de la «patria imaginaria»!

—Elvira ¡Madre!

Tendía los brazos recios, ofreciendo íntegro el pecho a la imagen del pasado. La maternidad del espíritu, la poderosa maternidad que se yergue sobre la sangre misma, reclamando un dominio más profundo, reposaba ahora sobre su corazón igual que un símbolo vivo de aquella tierra de justicia y amor, la concebida por el sentimiento y para el sentimiento, la del lenguaje universal de signos duraderos y pacíficos!

—¿Dónde estaba? ¿Dónde estabas, Elvira? Jamás te he olvidado! ¡Las veces que ha pensado en ti, el niño rescatado de la muerte y ganado para el ensueño, por ti, sólo por ti! En todo lo que he escrito puedes reconocerte. Mi gloria está hecha con el perfume de tu bondad. Mi deuda es infinita!

De muy hondo, de muy lejos volvía la voz amada:

—Tampoco yo te he olvidado, Guillermo, Guillermito, porque tu rescate fué el precio de mi reconciliación con la vida. Yo sólo deseaba morir, perdido el norte, aniquilado el rumbo. Pero tú, decaído y enfermo, me atabas a la tierra amarga, con la cadena febril de tus bracitos, con el cable de tu curiosidad acostumbrada a mis respuestas. Y el día que decidí pesar en tu destino, contraí conmigo misma la promesa sagrada de no hurtarme a la miseria de mi existir si tú curabas. El amor mutuo nos salvó, dejándonos en la ribera de esa tierra de bondad. Y todo ha sucedido como en los cuentos... al menos para ti.

Junto a ellos curioseaba, alerta, alguna gente: se veía brillar un perfil, una joya, una seda, una piel.

—¿Vamos, mamá?— Una figurita magra, rubia, un poco anémica reclamaba la atención de la señora, dulcemente.

—Es mi hija menor— pronunció ella, volviéndose hacia el escritor.

—Muy parecida... a ti, entonces...

Y como sacudido por una súbita idea, haciendo señas de que aguardaran, penetró en la sala, volviendo al rato con una preciosa niña morena, envuelta en la nube rosa de un traje de tul.

—Mi única hija. Una amiga de toda mi vida.—Y empujando a la muchacha hacia la rubiecita instó con cierta vehemencia:

—Abrázala!

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la niña que abarcaba la espectativa del conjunto curioso.

—Papá!

Pero ya un impulso generoso la había llevado a ceñir a la otra un poco pálida y sorprendida.

Se abrazaron conmovidas.

—He aquí un final hermoso y práctico de «la patria imaginaria»—murmuró un amigo rodeando afectuosamente un brazo del escritor.

—Sí!

Y con la visión ausente, el hombre cabal y victorioso, reveía otro abrazo dado a un niño febril y casi moribundo, por una muchacha que había perdido la ilusión más cara de la juventud. Y le sonaba muy clara la voz, con un timbre no empañecido por el tiempo:

—Y vas a ser muy feliz...

—¿Como en esa tierra que tú dices?

—¡Como en esa tierra, sí!

María Alicia Domínguez

Buenos Aires, marzo de 1930.

Poemas...

(Vienen de la página 281.)

Oh, tierra pura, tu sabiduría
destila en mí como un reposo lento
y ya no soy la entraña lastimada,
ni el corazón que se cansó latiendo
ni el cirio fiel que ardió en altar profano
ni el labio que sangró en canto, un secreto...

Soy como tú, plural, soy el reposo,
soy a la vez el dinamismo inquieto,
el goce de existir y la tragedia
de perdurar sufriendo...

En la rueda estrellada de la noche
siento rodar sin tregua hacia lo eterno
el pensar ya maduro de preguntas,
pero se queda aquí mi sentimiento,
enredado al encaje de los árboles
y quemado en la llama de los pétalos...
¡Vida profunda y dulce de la tierra,
piérdeme en tí después que me haya muerto'

Hoy

La Vida cambia. Ya no soy aquella
tímida adolescente que enjoyaba
sus manos con rubíes y soñaba
cerrar su ceñidor con una estrella...

Estoy pálida y seria. No destella
mi risa aquella fe que iluminaba
toda mi vida, haciéndola tan bella.
Fluyen los días; la confianza acaba.

Hoy no tengo más piedras que mis ojos
—como dos joyas fúnebres y ardientes—
Y en la boca un coral de muertos rojos.

Y aquel recuerdo que es en mi destino
la piedra azul, en cuyas transparentes
aguas, tiembla un veneno florentino.



Liberación

Mi verso ya no quiere confesarte
He salido de mí, soy libre y siento
que dejo atrás un claustro donde el viento
es el fantasma azul que hoy va a cantarte.

Y sin embargo, como tú y el Arte
sois la vena y la sangre, este lamento
me sofoca en latido y en acento.
¿Quién era yo para crucificarte?

Y todavía tu recuerdo vierte
Como un aceite rojo en esta herida
sobre la que oprimí una venda fuerte.

El dios ha muerto, pero está el santuario..
Liberación al precio de la vida.
¿Quién ha de ver mi culto solitario?

María Alicia Domínguez

Buenos Aires, 1930.

Máximas y pensamientos de Bolívar

=Del precioso libro de Cornelio Hispano: *Los Cantores de Bolívar*. En el primer centenario de su muerte. Bogotá. 1930=

Nosotros somos los juguetes de la fortuna: a esta grande divinidad del universo, la sola que reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes... Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que al fausto, convengo en ello; porque, me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

En las guerras civiles es política el ser generoso, porque la venganza progresivamente se aumenta.

Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos.

El que lo abandona todo por ser útil a su patria, no pierde nada, y antes gana cuanto le consagra.

La justicia sola es la que conserva las Repúblicas.

La gloria está en ser grande y en ser útil.

Es más difícil sacar a un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre.

La virtud sólo es hija del corazón honrado.

La vida no tiene precio sino en tanto que es gloriosa.

La continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarlo, de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana.

El hombre, al perder la libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu.

La educación popular debe ser el cuidado predilecto del amor paternal del congreso. Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades.

El Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: *oro y esclavos*. El primero lo corrompe todo, el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad. Se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas.

El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno.

Una sola debe ser la patria de los americanos.

Hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor de la libertad, los tronos no volverán a ser de moda en la opinión.

He conservado intacta la ley de las leyes: la *igualdad*. Sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios.

Dios ha destinado el hombre a la libertad, él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.

La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula, porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe, que es la base de la religión.

Tan sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte, pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad usurpación.

Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influjen sobre las sociedades: hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas.

Yo os recomiendo la constitución británica (en lo que tiene de republicana), como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza.

En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa; porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, éstas son las garantías de los derechos políticos y civiles, y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, es de naturaleza indefinible en el orden social y pertenece a la moral intelectual.

La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos adonde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas.

No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía.

Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada.

La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término.

La legitimidad de un gobiero deben examinarla sus gobernados y no los extranjeros. Yo no sé qué derecho tenga un extraño para pedir los títulos de nacimiento de otro gobierno.

A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen.

Vosotros no sois culpables, y ningún pueblo lo es nunca: porque el pueblo no desea más que justicia, reposo y libertad. Los

Un retrato de Bolívar

(Envío del autor)

Con el Sr. García Monge:

Entre las muchas cosas buenas que Ud. nos da en su ***Repertorio Americano***,(1) *acabo de ver un retrato de Bolívar, hecho del natural por Antonio Salas.*

Todos conocemos los retratos militares de Bolívar; todos tenemos una visión deslumbradora del soldado. Está unida a esa visión la gran vida activa del que forjó la independencia de América, con todos los nombres de las batallas, cada una de las cuales es, por sí, una epopeya. Pocas veces, tal vez ninguna, hemos visto este otro aspecto de tan inmenso destino de hombre: aquel que corresponde a su magistratura social. Aquí, en este retrato, hecho por el artista teniendo delante de sí al hombre de América, Bolívar expresa en los rasgos precisos de su semblante, la fuerza de su espíritu, su don profético y su genio de constructor de la vida. Estas tres virtudes son las distintivas de su personalidad o las que hacen de él el hombre de un continente, de un mundo o de un universo. Sus ojos no se embriagan en el espectáculo deslumbrante de sus hazañas militares, ni aun en el de su ascenso a los Andes, tan altos como su frente y como su alma. En sus abiertos ojos, en su mirada firme y luminosa, como un mar que refleja la luz deífica del Sol, lo que palpita ahora es la sensación del Tiempo. Este hombre pertenece a aquellos iniciados en el culto de lo permanente, de lo durable, de lo eterno. Él es, a su vez, obrero insigne del Tiempo; de los que hacen aquellas cosas que para salud del hombre, deben medirse por siglos o por decenas de siglos: las Pirámides, el Decálogo o la Carta Magna.

La guerra es en el plan de estos hombres, sólo procedimiento, no fin, como en el de los guerreros antiguos. Por grandes que ellas sean, por ruidosas que parezcan sus batallas, la historia como proceso de la conciencia humana, no está constituída por esas tragedias. Los versos sencillos del evangelio han trabajado con mayor eficacia en las profundidades del espíritu que las victorias romanas. Sobre todo en el sentido de que mientras éstas disolvieron un gran mundo para halagar el orgullo o satisfacer las necesidades de una nación, el evangelio fué dictado para unificar ese mundo en beneficio del honor del ser humano.

La América, para Bolívar, es una de las unidades de la vida, con nervadura propia, con instintos bien constituídos, con voluntad de ser y de crecer, con pueblos agitados por profundas ansiedades, con destinos superiores. Véase la frente de Bolívar: es como la torre del Muesín, tribuna anunciadora del porvenir. Él llamó a las naciones de América, en hora repleta de significación eterna, para que realizaran en comunidad su espíritu propio: les hizo sentir el poder de que están poseídas; despertó en ellas el impulso organizador y constitutivo y las puso a mirar de frente hacia el futuro. Él, como maestro y profeta, sabía que en todo esto había verdad y no

(Pasa a la página 286)

1 Véase el número **16** del tomo en curso.

sentimientos dañosos o erróneos pertenecen de ordinario a sus conductores. Ellos son la causa de las calamidades públicas.

La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de la justicia y en el cumplimiento perfecto de las leyes, para que el justo y el débil no teman.

Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote.

La energía en la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual: la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad.

La anarquía es el infierno de los hombres.

Si un hombre fuera necesario para sostener el Estado, ese Estado no debería existir, y al fin no existiría.

La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza.

Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o revocación de todos mis estatutos o decretos, pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.

El derecho de la guerra me autoriza para tomar justas represalias, pero yo, lejos de competir en maleficencia con nuestros enemigos, quiero colmarlos de generosidad por la centésima vez.

No puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.

La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción.

Son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía.

El bien, como el mal, da la muerte cuando es repentino y excesivo.

Sólo los malvados pueden profesar odio a la virtud.

Un sabio no muere nunca, pues no hace otra cosa que mejorar de carrera.

La fortuna es nada comparada con la virtud.

Sirvamos la patria nativa y después de este deber coloquemos los demás.

Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado.

Desde que Napoleón fué rey, su gloria me parece el resplandor del infierno: las llamas del volcán que cubría la prisión del mundo.

Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo.

La nación que infringe una capitulación solemne incurre en la proscripción universal. Toda comunicación, toda relación con ella debe romperse: ha conspirado a destruir los vínculos políticos del universo, y el universo debe conspirar a destruirla.

Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del gobierno es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la república, y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país.

Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos.

Un ejército de hombres libres y valerosos es invencible.

La naturaleza, la política y la justicia exigen la emancipación de los esclavos.

La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política social.

El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política.

Es preciso que en todos los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor.

Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura en las elecciones.

Nada es tan contrario a la armonía entre los poderes como su mezcla.

Yo soy con los soldados lo que los pródigos con el dinero: que cuando lo tienen no saben qué hacer con él sino gastarlo.

En moral como en política hay reglas que no se deben traspasar, pues su violación suele costar caro.

Dicen que soy difuso, mejor dirían que no soy correcto, pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente; no sé como pueda ser difuso un hombre impaciente y precipitado. Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto.

En Voltaire se encuentra todo: estilo, grandes y profundos pensamientos filosóficos, crítica fina y diversión.

Todo lo que a Napoleón se refiere es para mí la lectura más agradable y más provechosa; allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar.

Los pueblos quieren más a los que más males les hacen, todo consiste en el modo de hacerlo.

No gusto de entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero no la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y, según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena de disputar sobre ello. Para mí la vida no es otra cosa que el resultado de la unión de dos principios,

---

La verdad en su lugar

Una buena noticia nos da el señor Ministro de México en Costa Rica: el poeta Carlos Pellicer está libre. Trascribamos lo que al respecto nos dice, en carta de Mayo 3, nuestro amigo don Antonio Médiz Bolio:

En el Repertorio Americano *vi hace pocos días una nota injusta contra el Gobierno de México, a propósito de un supuesto dramático encarcelamiento de nuestro amigo el poeta Carlos Pellicer. En posesión de detalles auténticos, me es muy grato comunicarle que Pellicer fué solo brevemente detenido por la policía, en atención a varias denuncias que contra él se recibieron, acusándolo de complicidad en determinado complot político; pero fué puesto en libertad inmediatamente por gestión personal que hizo don Genaro Estrada, quien estoy seguro comparte, como yo, la opinión de usted sobre la capacidad, para esa clase de actividades, del joven escritor, a quien conocemos bien y estimamos y queremos.*

El procedimiento seguido por el Gobierno de mi país en este caso, demuestra su absoluta justificación y buena fe.

Seguro de que le doy una buena noticia, espero que pondrá la verdad en su lugar, y le saludo con mi afecto de siempre.

a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y, muerto el cerebro, no hay más secreción de inteligencia. Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materia de Elíseo y Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que tánto preocupan todavía a los mortales... El tiempo, la instrucción, las despreocupaciones que vienen con ella, y una cierta disposición de la inteligencia irán poco a poco iniciando a mis paisanos en las cosas naturales quitándoles aquellas ideas y gusto por las sobrenaturales.

El jesuitismo, la hipocresía, la mala fé, el arte del engaño y de la mentira, que se llaman vicios en la sociedad, son cualidades en política, y el mejor diplomático, el mejor hombre de estado es aquél que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos, y la civilización, lejos de extirpar estos males, no hace sino refinarlos más y más. La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades, nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela.

La verdad pertenece a la historia; no la mentira, ni la exageración.

Las victorias en guerras civiles no le dan gloria a nadie; la mía, auténtica, consiste en haber batido a los españoles, en haber desbaratado sus ejércitos y en haberles arrebatado la mitad de la América del Sur.

Lo que es el pueblo! Su credulidad e ignorancia hace de los católicos una secta de idólatras. Echamos pestes contra los paganos porque adoraban las estatuas, y nosotros, qué es lo que hacemos? ¿No adoramos como ellos pedazos de piedra, de madera, groseramente esculpida, retazos de lienzos mal embadurnados, como estos que acabamos de ver?... El estado actual de las luces deja a muy pocos engañados en estas materias; los hombres racionales no discuten ya principios, dogmas y misterios, cuyos cimientos son reconocidamente falsos, y, por lo mismo, se sabe que son hijos de la superstición y la impostura... Todo esto lo digo como pensador y tales son mis ideas como particular, como hombre, pero como ciudadano respeto las opiniones recibidas, y como Jefe del Estado he protegido y siempre protegeré la religión católica que es no sólo dominante, sino universal en Colombia.

Tal es el espíritu humano: amigo y amante de lo sobrenatural y de la mentira, e indiferente ante la Naturaleza y la Verdad.

Nada me importa la Constitución Boliviana: si no la quieren, que la quemen.

Yo no tengo amor propio de autor en materias graves que pesan sobre la humanidad.

La amistad es preferible a la gloria.

La moderación siempre es tímida y la Fortuna desaira a la timidez.

No hay poder en lo humano que sea capaz de sojuzgar a un pueblo que quiere ser libre y que merece serlo.

Ni nosotros, ni la generación que nos suceda veremos el brillo de la República que estamos fundando. Yo considero la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; en fin, habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones exóticas *(la monarquía)*, en la tierra virgen de América. *(Palabras dirigidas a San Martín en Guayaquil, 1822).*

El título de amigo vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra.

Mi único amor ha sido siempre el de la patria; mi única ambición, la libertad.

Yo creo que lo mejor en política es ser grande y magnánimo.

Es necesario ser amable para ser amado.

Usted *(dirigiéndose a Santander)* debe hacer la paz para que dividamos las glorias entre ambos, tocándole a usted la oliva y a mí el laurel.

Marchar con la naturaleza de las cosas es la obra maestra del Legislador.

Toda revolución tiene tres períodos: la guerra, la reforma y la organización. La primera pasó, fue obra de los soldados; la segunda la tuvimos en Cúcuta y Bogotá; ésta quisiera yo que fuera la de organizarnos.

Mi sinceridad es tal, que me conceptúo criminal en todo aquello que reservo. Yo soy un hombre diáfano.

Son los pueblos los que deben escribir sus anales y juzgar a sus grandes hombres. Venga, pues, sobre mí el juicio del pueblo colombiano, es el que yo quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria.

Seleccionados por *Cornelio Hispano*

Un retrato de Bolívar...

(Viene de la página 284).

fascinación. Que los pueblos americanos deben afirmarse en sí mismos y en la vida.

Este Bolívar, aleccionador, tendría yo en gran retrato y mejor aun, en bronce. Es, en su aristocrática expresión de hombre, en la civilidad de su gesto, en la ciudadanía de su naturaleza interior, realmente el que dió el evangelio de la Angostura. De ser más previsores, de tener más honrada confianza en los guías, este discurso habría sido la fuente filosófica de la organización constitucional de los pueblos americanos, con tales o cuales matices que necesidades nacionales impusieran. Eso nos habría dado perfecta unidad para llegar en época más o menos lejana a la anfictionía que pronosticó este hermano legítimo de la montaña fecunda y enhiesta.

El hombre, cuya imagen es ésta, fué el mismo que pronunció estas hondas palabras en cuya fuerza hay vida para una religión de la ciudadanía: «Dios ha destinado al hombre a la libertad; él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.» Él es el mismo que se ha llamado «creador de naciones». Él es el que dijo, juzgando con juicio sólido o voz de granito: «que se fortifique, pues, todo el sistema de gobierno, y que el equilibrio se establezca de modo que no sea su propia delicadeza una causa de decadencia». Fué él quien escribió no para conquistar un aplauso, sino para ser oído: «Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública.» Él fué el que dijo, envuelto en majestad procera y antigua: «Los pastores espirituales están obligados a enseñar la ciencia del cielo.»

No sólo es lección lo que él da; también instituye; también crea. Ejerce la extraña función de sacar del abismo fundamentos para consolidar la vida social. «Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, me he sentido la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron, algún tiempo, la virtud entre los griegos y romanos. Bien puede ser tenido por un cándido delirio, mas, no es imposible.»

Tal es la simiente que él puso en el seno de la paz americana, no como guerrero afortunado, no como ambicioso político, sino como varón discreto, como maestro prudente, como providencial conductor de un mundo, como su hermano en el genio y en la obra, Washington, como su antepasado en el arte de guiar sociedades, Solón. Lector de Montesquieu, lector de Rousseau, lector meditativo de Volney. Para él, el gobierno es filosofía y conducta, no método como en el Príncipe. Más bien, como posteriormente en Sarmiento, educación y elevación de espíritu.

Porque él ha hablado en nombre de ese mundo naciente, hay que creer en esto. Es de su recta frente que ha salido el ideal americano con intenso impulso de vida. No platónico—ansia en el pájaro de abrir sus alas en el vacío, severo juicio de Kant—, sino como realidad; porque hay un continente que él consagró con el sello de lo heroico y porque hay pueblos a los cuales él enseñó el sacrificio y la fe.

Rómulo Tovar

San José, Costa Rica, Mayo de 1930.

Palabras sobre la nación...

(Viene de la página 280)

caso americano se da en toda su pureza; historia leve, problemas de raza casi nulos, mezcla reciente de pueblos que se transportan con su civilización ya hecha, a cuestas. Lo que fué, en el Norte, una conquista a la vieja manera de Europa (y que hoy se presenta en el Norte de vuestra América con un ritmo semejante, por ejemplo, al de ciertos países de la Europa Central o la Europa fronteriza), aquí no es conquista sino, más bien, colonización. En vez de la guerra, la agricultura; en vez de la religión, la institución.

(Es posible que las palabras sean mías, pero respondo de la fiel interpretación del pensamiento).

Hasta aquí, el nuevo carácter de América (hablo siempre de la América Española) parece, ser, pues, privilegio del Sur; en tanto que el Norte nos ofrece una como prolongación europea.

¿Cómo explicar, entonces, que sea el Sur el que da el ejemplo de una estabilidad a la europea, una conformidad aparente con las ventajas de un modo social ya conquistado para siempre, mientras que el Norte se convulsiona entre los ensayos de nuevas filosofías, nuevas políticas, nuevas doctrinas de la felicidad?

Creo, honradamente, que hay motivos mecánicos a la vez que históricos para sospechar que, mientras más historia se acumula (digámoslo así), mientras más resorte de tradición se adquiere, mayor es el empellón con que se adelanta hacia la conquista de caracteres nuevos; al menos, en tanto que el organismo está vivo o no ha entrado ya en decadencia. Y creo, honradamente que todavía a orillas del Plata tiene que liquidarse la cuenta histórica que ya conocemos por el ejemplo de la Roma clásica: el duelo entre los patricios y el pueblo de procedencia extranjera, que acaso acabe por dar otro carácter inesperado a las nacionalidades del Sur. En este sentido, creo yo, deben interpretarse las recientes palabras de Keyserling sobre un estado de revolución sin violencia.

Y ya que menciono al gran viajero, os referiré una tercera conversación que tuve con él, hace pocos días, mientras íbamos de un sitio a otro de la ciudad.

A Keyserling no le preocupaba la etiología, la causa histórica del fenómeno, sino su saldo actual, psicológico. Y me decía así:

—Aunque conozco poco a México, me parece que la principal diferencia entre la Argentina y México es ésta: que, en México, a veces, sois melodramáticos, y este aspecto melodramático no es más que la plétora o exageración de algunas cualidades que son exclusivamente vuestras.

Estas generalizaciones son siempre peligrosas. La letra de los tangos argentinos deja muy poco que desear en materia de melodrama. Cierto que esta letra tiene un dudoso valor como documento histórico, que aspire a reflejar la realidad y un carácter hechizo, falso muchas veces, que no parece traducir las verdaderas tendencias de la imaginación popular argentina.

Dejemos en este estado las cosas, y vengamos a la visión actual que ofrece la Argentina:

Los humoristas y escritores satíricos, que abundan en la Argentina como en todas las razas fuertes, gustan de insistir en ciertos aspectos de la vida argentina que se prestan a la censura, pero que no por eso dejan de ser síntomas de una rara virtud. Ya se sabe que toda virtud tomada por el cabo es virtud, y tomada por la punta es defecto. Los humoristas y satíricos argentinos se quejan de cierta monotonía en la vida, de cierto automatismo o academismo. Lo elegante es lo tieso, lo que en otras partes llaman «empaquetado», y aquí, «paquete». Los gustos—dicen—se acartonan al menor descuido. El concepto de uniformidad se sustituye, secreto y subrepticio, al concepto de eficacia y hasta al sentimiento de felicidad. La convención, como un común denominador, ahorra todo esfuerzo en busca del valor verdadero de las cosas. Todas las elegantes—continúan—se tercian del mismo modo el zorro, cuádreles o nó. Una dama ha dicho: «Cuando delante de mí se pronuncia la palabra *belleza*, yo entiendo siempre *distinción*» Y, ciertamente, el peligro está en llegar a este terreno equívoco. Y más si se advierte que, en el caso, *distinción* significa *uniformidad*, apego a lo convenido, a la regla automática. De aquí, también,—de ese respeto a lo institucional en sí—que se vaya a los negocios públicos en actitud algo engolada. ¿Saben acaso los Presidentes de Sociedades y Centros que, a pesar del temor que por acá inspira lo mal llamado «tropical», sus notas, sus invitaciones, sus comunicaciones escritas suelen ser de lo más frondoso y perifrástico que todavía se escribe en América? Demasiado estiramiento—siguen diciendo los censores—, y hasta demasiada cordura para tanta juventud. ¡Ya podíamos abandonarnos más y ser más sueltos!

Pero no nos conformemos con la fácil censura. Ahondemos un poco, para saber qué significa este aparente automatismo.

Existe en la Argentina una fuerza heroicamente consciente y premeditada, que va modelando de un modo visible los contornos de la patria. Esta fuerza adopta, al manifestarse en las cosas humildes y diarias, una disciplina bien perceptible: la única adecuada, por lo demás. Esta disciplina es, a grandes rasgos descrita, el acatamiento de las categorías, de las jerarquías, y—digamos sin rubor la palabra—de las apariencias. Aun cuando esta actitud pueda degenerar en snobismo y, como dice aquí la gente, en «parada», es una virtud innegable. Se concede crédito a la apariencia, para obligarla a manifestarse como si fuera verdad; es decir: para transformarla en verdad. ¡Oh frivolidad profunda! No se afirma en otro sentimiento todo el sistema de urbanidad que, paulatinamente, ha transformado al bruto humano en un producto de civilización. El título universitario, por ejemplo, conserva toda su dignidad candorosa, y así se da a la cultura un acatamiento—siquiera externo—que la favorece: el hombre del pueblo da, al que quiere honrar, el tratamiento de «Doctor», es decir: hombre graduado en facultades universitarias, como en las viejas fórmulas aristocráticas se le llamaba «Excelencia». La raya del pantalón, por ejemplo, hace oficios de virtud, a modo de símbolo material que recuerde al público, a la gente de la calle, la obligación de practicar el aseo, el buen ademán y el buen porte,—todo lo cual supone la práctica de muchas reglas de conducta verdaderamente superiores. El cuidar así las apariencias y los respetos convencionales, convierte la vida en una carrera de obstáculos y crea una disciplina pública, haciendo que la calle misma se transforme en gimnasio o en plantel educativo. Sobre un *demos* mezclado de inmigraciones y hábitos mentales inconciliables al parecer, esta disciplina resulta, para la ciudad, la única manera de apoderarse, democráticamente, de su pueblo siempre en formación.

Arriba, la clase patricia mantiene la norma hispánica de las costumbres, mucho más de lo que aquí se figuran, y con más celo de lo que confiesan los argentinos cuando van de vacaciones a Europa. Esta clase, depositaria de los símbolos, es protegida a modo de paradigma o ejemplo. Cuando sus individuos amenazan empobrecerse, la piedad de las instituciones acude a salvarlos a costa de todo, a fin de que no se extinga el fuego. Este milagro cívico, si la clase privilegiada diera en abandonarse, no podría mantenerse ya por muchos años.

Ahondemos todavía un poco más. Tratemos de averiguar qué fuerza es ésta—heroicamente consciente y premeditada como he dicho—que se manifiesta así, en una forma de disciplina exterior, e imprime al país un sello nacional inconfundible entre todos los países, un estilo propio que, a reserva de explicarlo en otra ocasión, me conformo con llamar por ahora: el *garbo argentino*.

Más que una nación de acarreo o depósito histórico, la Argentina es una nación de creación voluntaria. La hizo la conciencia de los hombres, de los individuos. Es, casi, el fruto de un deseo. El colono encontró aquí tribus nómadas sin yacimientos de civilización, y tuvo que importarlo todo consigo,—¡hasta los parásitos!

Fruto de un deseo, y fruto laico: hijo de una aspiración cívica. En lo cual se diferencia de los Estados Unidos, que todavía son fruto—en su origen—de la aspiración religiosa de los cuáqueros. Aquellos peregrinos buscaban la libertad de orar. Estos colonos vienen buscando un campo donde sembrar una patria hecha a su medida.

De tal manera la formación argentina es efecto de una decisión premeditada de los hombres, que hasta se da el caso—paradójico en los países que llamaríamos meramente históricos—de que lo que hoy es la capital nacional haya tenido que imponerse por la fuerza al resto del país, como se impone, en un caos de naturaleza, una voluntad humana. En verdad, la Argentina moderna parece la encarnación del verbo, y el triunfo de la voluntad de aquellos hombres de la

generación romántica: Sarmiento, Alberdi, Mitre...

La base bruta sobre la cual opera este gran ideal político es un anhelo de bienestar económico, claro está. Pero en la materia inerte no hay que creer: donde quiera que la materia aparece, la economía del mundo hace que se le insinúe o le nazca un alma. Como nada se crea *ex-nihilo*, se adopta aquí, se imita y se copia la mejor técnica de que hoy disponemos, que es la europea. Pero el ideal es diferente: en tanto que el Viejo Mundo estira o depura tradiciones, rectifica y endereza, trabajando sobre una realidad que le ha sido dada como desde fuera y que hay que aceptar, aquí se trata de crear todo un ambiente a nuestro gusto.

Tal empeño, necesariamente agudiza la conciencia nacional. En el primer grado de exacerbación de la gran idea política, se produce el nacionalismo, y—ya en el extremo caricaturesco—se da ese peculiar sentimiento del hombre soez que designáis familiarmente con el pintoresco nombre de «prepotencia»; en suma: una afirmación del orgullo nacional provechosa en su arranque y en sus altas aspiraciones, pero que puede caer también en la temperatura enfermiza del exclusivismo y, en dado caso, hasta degenerar en grosería. Anverso y reverso de una hermosa virtud. Parece que el argentino llevara a todos sus actos, por insignificantes o indiferentes que sean, (aun cuando sólo se trate de una aventura callejera o un match de football), una secreta y arrogante consigna nacional.

Esta orgullosa afirmación es la fuerza genitora de la patria. Todos los días y a toda hora, hace por ella y la dignifica, presentándola como dechado de patrias y casi gritándole: ¡Eres la más hermosa!

Los más viejos y acreditados periódicos porteños, índices del criterio nacional, lo mismo que sus gemelos traviesos—las hojas satíricas de la tarde—todo el día publican verdaderas antologías constructivas de hechos y valores argentinos; insisten en la nota argentina con motivo de cualquier suceso, la destacan y la fijan para la historia. A tal grado es orientadora esta consigna nacional, que hasta se invierte aquí el refrán latino según el cual, aunque todos los senadores sean excelentes varones, el Senado en conjunto resulta una mala bestia. Aquí no: la institución argentina es con harta frecuencia superior a los individuos que la integran; ¡propia conquista democrática! El periódico, por ejemplo, gracias a esta polarización admirable, es superior, a veces, a sus mismos colaboradores. Se logra la suma de las virtudes individuales, y disfrutamos del magnífico espectáculo de un pueblo fundado sobre la cabeza de los hombres. Viril experiencia filosófica que interesaría a un utopista del siglo XVI o un enciclopedista del XVIII.

A la primera generación, esta inmensa voluntad colectiva que flota sobre la Argentina como una divinidad tutelar, se apodera sin remisión del hijo de extranjeros. Y niños de todos los apellidos y llegados de todos los puntos de la tierra, entonan en las escuelas públicas el mismo himno y se sienten igualmente deudores a los mismos Padres de la Patria. Esto, argentinos, es una patria y no una casualidad geográfica. Esto, argentinos, es una nación fundada en una idea, libremente escogida por un genio de libertad, sabiamente inspirada por un estímulo de disciplina, sin compromisos con el azar y apenas con un leve peso del pasado. Con el retruécano gramatical conocido, diremos que esta Patria es Filia—hija de todos los ciudadanos, que día por día la están queriendo y engendrándola como la quieren. Guardadla y salvadla, argentinos, como reducto de felicidad futura para el mundo, porque es, hasta hoy, una de las pocas moradas que el hombre se ha encontrado en condiciones de edificar a su imagen y semejanza.

Alfonso Reyes

Un Decreto que enaltece...

(Viene de la primera página)

raria, podrán estas Corporaciones hacerse representar por cualquier otro de sus miembros.

Art. 4º.—El Comité, si así lo estimare necesario, podrá establecer subcomités provinciales, que coadyuven a sus labores. En caso de hacer uso de esta facultad, pondrán el particular en conocimiento del Ministerio de Instrucción Pública.

Art. 5º.—El Comité elegirá a sus respectivos dignatarios y formulará, oportunamente, el programa de la conmemoración.

Art. 6º.—El Ministro de Instrucción Pública, queda encargado de la ejecución del presente Decreto.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 24 de marzo de 1930.

(*El Comercio*, Quito.)

Esto es apenas...

(Viene de la página 280)

sigue siéndolo cuando se transmuta en crítico de figuras y libros, había de encontrar pronto aquí buenos compañeros de oído fino y vista aguda, dispuestos a compañarlo en el ojeo y a celebrar su puntería contra todos los pájaros del aire. No pudimos en cambio ofrecerle—lo sé—el ambiente, el sosiego y los medios que le permitiesen proseguir aquellas pesquisas eruditas que tan celebrado han hecho su nombre en el campo de la filología hispánica, y muy particularmente, de la exégesis gongorina. Si a pesar de tanto obstáculo, y es el primero la carencia de textos, no os habéis desalentado y habéis llevado a término alguna investigación, en verdad os digo que sois admirable de tenacidad y fe.

¡Y esa juventud vuestra, cómo nos servía de estímulo y promesa! ¿Recordáis? Cierto día, aludiendo a vuestra constante persecución de las ilusiones vírgenes, os dije en broma: Sois un viejo verde. Perdonadme. Os llamaré viejo como yo acostumbro decirme tal nada más que por coquetería, y eso que os llevo quizá un año o un mes. ¿Viejo vos? Joven, perpetuamente remozado, no sin lucha íntima, por cierto, y ahí está para certificarlo el Diario de un joven desconocido *que escribisteis en una hora de incertidumbre. ¿Viejo vos, que habéis celebrado vuestra infinita plasticidad; que resolviendo al fin el conflicto entre el anhelo de evolución y el de permanencia, habéis proclamado como suprema actitud de la mente, la elasticidad, la superioridad del vuelo sobre la carrera y el paso, el conocimiento de todos los polos, el viaje de término a término, el atrevimiento a todas las posibilidades fecundas!*

Tal os hemos conocido personalmente, magnífico empresario de aventuras estéticas, lo mismo que os veíamos de lejos. Ahora siempre peregrinando como es vuestro destino, os vais, Reyes, a otra tierra, extraña aunque hermosa, culta como la nuestra, donde plantaréis la tienda para renovar allí vuestra noble sugestión de arte. Deseamos, esperamos que volváis. Sabemos que ésta no es la última vez que os estrecharemos la mano. Pero si así fuese, si el mar pusiera entre nosotros una distancia infranqueable, esto sólo será física. En espíritu quedamos unidos por siempre. En los fastos argentinos quedará escrito que Alfonso Reyes residió entre nosotros, y todo cuanto digáis y escribáis no nos dejará indiferentes ni insensibles. Vuestras palabras volarán sobre el mar y será como si las escuchásemos en la suave elocuencia de vuestros labios. ¿Podremos esperar, amigo Reyes, que también os llegue alguna vez en el recuerdo el eco apagado de nuestra voz distante?

Roberto F. Giusti

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica.

Las consecuencias...

(Viene de la pág. 276)

robarle la conciencia a un pueblo privarle el pensamiento de sus ingenios. Y consumado el robo gradual de la conciencia, ya no es necesario ningún esfuerzo para apoderarse de todo lo demás. Y aunque todo esto haya de parecernos abominable y aunque la sangre hispanoamericana debiera irritarse de ver cómo nosotros mismos damos estímulo a los Brisbanes ofreciéndoles el lugar de honor en nuestros diarios, no es esto lo peor. Porque no es el tipo Brisbane el peligroso entre nosotros. En efecto, Brisbane, demasiado rudo, harto ininteligente, da a los nuestros la impresión de un payaso un poco ingenuo. Por lo menos Brisbane se confiesa imperialista y habla sin embozo de la tesis de Kipling: la misión del blanco — explotar a las otras castas. Con Brisbane sabe uno a qué atenerse. Pero hay un tipo, toda una casta más peligrosa y es la casta de los intelectuales semirebeldes, falsamente rebeldes al régimen imperialista. Los seudoradicales, los liberales amigos de la América Latina que visitan nuestras universidades y se sientan a la mesa de nuestros banquetes. *The Nation, The New Republic*, a éstos los analizaré en próximo artículo bajo el título de: *Nuestros Amigos.*

José Vasconcelos